

# Quía

## Y EL MISTERIO DE LA GEMELA DE PIES AL REVÉS

Escrito por Yolanda Rubioceja

Ilustrado por \_\_\_\_\_



# *Quia y el misterio del dispar de zapatos*

Primera edición: 2020

Colección: Alas de Lagartija

Producción:

Secretaría de Cultura

Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

© Por los textos: Yolanda Rubioceja

© Por las ilustraciones: Frida Solano Martínez

Diseño de la colección: Frida Solano Martínez

D.R. © 2020 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, piso 5, Col. Cuauhtémoc, Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México

[www.cultura.gob.mx](http://www.cultura.gob.mx)

[www.alasyraices.gob.mx](http://www.alasyraices.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces.

ISBN: en trámite

ISBN de la colección: 978-607-631-081-6

Impreso y hecho en México



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL  
VINCULACIÓN CULTURAL

alas raíces

# Quía

## Y EL MISTERIO DE LA GEMELA DE PIES AL REVÉS

Escrito por Yolanda Rubioceja

Ilustrado por \_\_\_\_\_



En un principio, cuando Quía comenzó a leer libros, los tomaba siempre de cabeza. Pero eso no importaba mucho, pues aún no conocía bien las letras. Pasaba entonces cada hoja con emoción y, aunque su pequeña mano a veces no le obedecía del todo, lograba con esfuerzo ir de una por una y no de dos en dos. Con la mano izquierda sujetaba cada página por la esquina y hacía entonces retroceder la historia. Fue así que los libros, hojeados por la pequeña, se convertían en otro libro. No fueron pocas las veces que la historia que ella descubría resultaba mucho más divertida que la original.

Pues ya que esta historia se trata precisamente de Quía comenzaré al revés:

Como de todos modos ya te lo habías imaginado, finalmente la niña encontró a su gemela de pies al revés, quien resultó no vivir lejos sino en el pueblo vecino, así que cada vez que había que comprar zapatos la familia de Ulloa sólo tenía que ir a aquel pueblo donde las zapaterías tenían muchos más modelos divertidos que en La Llave. Desde entonces las dos niñas fueron juntas a comprarlos y...

... fueron felices para siempre jamás.

*FIN*, se acabó.

No es que yo te haya echado a perder el libro contándote cómo acaba, pues de seguro ya habrás leído algunas historias antes que ésta y sabrás que los libros para niños siempre tienen finales felices, ¿no es así?

Tampoco es que las historias que lee la gente adulta no sean felices sino que más bien, mientras las historias para niños se dejan de contar cuando todo se resuelve, las de los adultos suelen dejar de contarse cuando algo, o todo, salió mal.

¿Por qué algunos adultos prefieren saber más allá del “... y fueron felices para siempre jamás”? Creo que la respuesta no te va a gustar. Seguro ya te la han dicho alguna vez y si no es así, te aseguro que estás por escucharla pronto. Es una de las frases más odiadas por los niños, es decir, por toda la humanidad, desde el principio de los tiempos: “Lo sabrás cuando seas *GRANDE*”.

Si aún después de conocer el final de esta historia quieres saber lo que pasó antes, haz de cuenta que no te conté nada y simplemente sigue leyendo...

# 1. El desayuno

Los dos zapatos le gustaron mucho, pero sobre todo el que llevaba el pequeño pompón azul claro en la punta. No le importaba mucho si resultaba verdad que quien los había dejado en la puerta sólo quería burlarse de ella, pues nunca antes había tenido unos zapatos tan suaves y firmes a la vez, ni tampoco unos tan cómodos y bonitos. Le sería muy difícil tener que quitárselos para dormir.

Pasó el resto del sábado con los zapatos puestos y también todo el domingo. Su madre, Alondra, de momento no dijo nada al respecto pero al verla a la mañana siguiente entrando a la cocina con ellos aún puestos, le pidió que se los cambiara de inmediato. Quía no quería, le parecían el impar de zapatos más divertidos del planeta Tierra, toda la galaxia y al menos la mitad del universo, y quería, “por favor, por favor, por favor”, llevarlos a la escuela ése y el resto de los días que le quedaran por vivir. Además, estaba a sólo unas semanas de terminar el año escolar y a esas alturas ya nadie, ni siquiera la directora, se fijaba si los niños llevaban o no el uniforme completo. En su escuela, tanto adultos como niños pasaban gran parte del día contando los días y las horas para las vacaciones.

—Claro que no le vamos a dar el gusto a esa chamaquita horrorosa bruta de seguir burlándose de ti. ¡Y deja ya de balancearte que te vas a caer!, y cámbiate por favor ya esos zapatos que se hace tarde —exigió su madre quien a cada avance de las manecillas del reloj iba perdiendo un segundo más de paciencia—, ¡y regresa a acabarte el desayuno! —gritó esta vez aunque sin verdadera intención de que la niña lo hiciera.

Cualquier niña o niño que ha vivido lo suficiente sabe cuando se presenta uno de esos momentos en los que discutir con su madre o padre no es sólo inútil sino peligroso, y también habrá ya notado que es más común que esto suceda por las mañanas, en días de escuela. Con la sabiduría que sólo dan años y años de malos momentos matutinos, Quía se metió una cucharada de huevo con jamón a la boca, recogió la mochila del suelo y corrió a su recámara para cambiarse los zapatos.

—¿Qué tanto traes en esa mochila? —preguntó Gonzalo al ver a su hija volver—, te vas a quedar jorobada.

—Libros y cosas que tengo que llevar a la escuela —contestó la niña aún masticando el huevo con jamón, y dio la media vuelta con disimulo, pero sobre todo con la esperanza de que su padre abandonara la intención de abrir su mochila.

—No es normal lo que los hacen cargar, la próxima junta voy a platicar sobre esto con la maestra Teresa —aseguró el padre.

—Ajá.

—¿Puedes de una vez terminar tu desayuno?, ya son casi las ocho —dijo Alondra e indicó a Gonzalo que fuera a buscar las llaves del auto. Ya era costumbre que en el último momento éstas no aparecieran. Mientras más se acercaba la hora en que debían salir de casa, los minutos se hacían más cortos. Más valía buscar esas llaves con tiempo.

Como siempre, Quía sólo comió la mitad de lo que originalmente estaba servido en el plato. Guardó el resto en el recipiente de plástico y de inmediato lo metió en la mochila, forzándolo por una de las orillas. Ya sus padres ni siquiera hacían el esfuerzo de prepararle el lunch cada mañana.

En cuanto la niña logró sacar la mano que se le había quedado atorada en la mochila, salió; azotó la puerta y corrió al auto.

Su padre, quien de modo extraordinario había encontrado las llaves al primer intento, la esperaba desde hacía poco más de nueve minutos con el motor encendido.

—¡No corras amor! —pidió Alondra a Gonzalo.

—¡No te preocupes!, vamos holgados —contestó y aceleró cual si pretendiera viajar en el tiempo.

—¡Ve más lento! —alcanzó a escuchar la vecina que pasó un segundo después con el auto repleto de niños.

—¡Sí claro, vecina!, ¡gracias! —contestó la mujer y bajó la velocidad.

Al dar la vuelta en la esquina alcanzó a escucharse el estribillo de una de esas canciones que hasta hacía un par de años todavía cantaba Quía y que ahora le parecían canciones para niños pequeños. “Qué rápido pasa el tiempo”, pensó Alondra y entró a casa a terminar de tomar su café, que ya estaba frío.

Una vez avanzadas varias cuadras Quía abrió la mochila y sacó los extraños zapatos para intercambiarlos por los del uniforme, que tuvo que empujar con las dos manos para que entraran, ya que la gruesa suela de goma los hacía un poco más voluminosos que los otros. No logró cerrar los broches de la mochila, así que se quitó el suéter y lo puso encima.

## 2. La biblioteca

En ese lugar no quedaba un solo libro que Quía no hubiera leído dos veces o más, al menos no que ella supiera. Sacó sin ganas el primero que encontró en el extremo del último librero, salió y fue a sentarse a la banca más lejana, atrás de la palmera enana que había sido plantada hacía poco en una maceta. No le gustaba leer en la biblioteca porque ahí olía un poco raro y además sus compañeros no sabían estarse quietos y callados. Durante la hora de lectura siempre había risitas, cuchicheos e incluso, de vez en cuando, el grito de alguien a quien le había caído alguno de los bichos vivos o muertos que podían con facilidad encontrarse bajo los libreros del último pasillo.

Ella era la única a quien la señorita Teresa dejaba leer afuera. Cualquier otro de sus compañeros se habría distraído con un pájaro que pasara volando o con las hormigas que hacían sus rutas diarias desde el patio al hormiguero, en busca de las moronas y pedazos de comida regados por el suelo.

Sentada en el patio, por primera vez se dio cuenta Quía de la parvada que pasaba a esa hora sobre la escuela, pero sobre todo se entretuvo con las hormigas que caminaban en fila sin chocar unas con las otras. Parecía que cada una tuviera un domo invisible que impedía que el resto de los bichos las tocaran, justo como el que en su casa le ponían, desde hacía unos días, al pan con el mismo objetivo. Tras meses de luchar contra las hormigas diminutas que habían invadido la casa, sus padres se habían dado por vencidos. Ahora, en vez de intentar exterminarlas, simplemente les ponían barreras. No sólo el pan sino también los dulces, el queso madurado y los platos recién servidos obtuvieron su propia especie de tienda

de campaña individual, hecha de una malla muy fina y casi imperceptible a ciertas horas del día. Por las mañanas, vista desde el pasillo, la cocina parecía un pequeño campamento.

El libro que había sacado ese día de la biblioteca no sólo lo había leído ya varias veces en la escuela, sino que hasta hacía unos meses había sido su preferido para la lectura en casa. Se sabía de memoria varias frases sueltas y hasta algunos párrafos. El ejemplar que tenía en casa era mucho más divertido porque estaba repleto de dibujos. Tan lleno de dibujos estaba que si el libro llegara a caer un día en manos de alguien que hablara otro idioma, esa persona podría entender la historia completa y tal vez hasta un poco más. Sus dibujos ilustraban paso a paso lo que le sucedía a la protagonista y al resto de los personajes, además de incluir un par de personajes extras que se había inventado por ser necesarios en esa y cualquier historia. ¿Cómo era posible que adentro de un libro repleto de personas faltara una mascota? En la vida real, pasa, sobre todo si eres menor de edad y vives con unos padres a quienes no les gusta tener animales en casa, pero, ¿en un libro que alguien se inventó?, ¿es en serio?, ¿una persona puede escribir lo que se le da la gana en un libro y decide no inventarse una mascota? Si Quía hubiera tenido en ese entonces la opción de hacer lo que quisiera en la vida, sin necesitar la aprobación de sus padres, en su historia personal habría al menos un gato. Todos los personajes que vivían en sus librerías tenían algún tipo de mascota, ya fuera una tortuga, un hámster, una cochinilla, un perro, un gato, u otra cochinilla. Desde pequeña llenaba de bichos y animales los espacios en blanco de sus libros. El cuento de *La liebre y la tortuga* se había convertido en *La liebre que tenía un perro y la tortuga que tenía un gato*, y el de *Ratón de Campo*, *Ratón de Ciudad*, incluía un gusano de tierra como mascota para el primero y una cucaracha de esas que vuelan para el segundo.

Lo que más le gustaba a Quía desde que había sido capaz de leer por sí misma, no eran los libros ilustrados sino los ilustrables. Mientras más espacios en blanco tuvieran mucho mejor. Todos sus libros, y a veces los que no le pertenecían, se llenaban de mascotas extrañas como la *Leiolepis ngovantrii* que se clona a sí misma, el pez rosado con manos, o la babosa Ninja de Borneo. Copiaba las imágenes de un libro de *National Geographic* que los abuelos le habían regalado para su onceavo cumpleaños, pero estaban por terminársele, y planeaba en adelante hacer mezclas entre ellos.

Si en la librería le daban a escoger entre un libro ilustrado y otro con sólo letras, siempre escogía el segundo, pero sobre todo prefería de entre estas dos opciones los que tuvieran mucho espacio para dibujar. Lo que me recuerda que ya llevo mucho tiempo escribiendo sin parar...

... mucho mejor.

Había estado tan distraída Quía, cambiando de lugar unas moronas de pan para desviar la ruta de las hormigas y confundirlas, que no se dio cuenta de que la maestra llevaba un buen rato observando desde lo alto lo que ella hacía. Había dejado el libro en la banca y se había puesto de cuclillas haciéndole sombra a los bichos, que al entrar a la mancha oscura que esta proyectaba sobre el piso, caminaban más lento para disfrutar del frescor por más tiempo. De pronto la niña notó que la sombra proyectada en el piso era demasiado grande para ser sólo suya y que el sol ya no le quemaba la espalda. Sin moverse ni un poco, ni levantar la cabeza miró de reojo hacia atrás. Junto a su zapato del pompón azul había otro más grande de color negro. Levantó poco a poco la mirada y se encontró con las piernas de la señorita Teresa, luego siguió subiéndola hasta toparse con su cara. Una de las cejas de la maestra estaba más levantada y arqueada que la otra, y eso, bien lo sabía cualquiera de los niños de su salón, indicaba que no aprobaba lo que alguien hacía.

—¿Qué haces? —preguntó desde lo alto.

—Miro a las hormigas.

—Sí, sí, eso ya lo veo, pero, ¿por qué no estás en tu lectura?

—Es que todos los libros ya los leí muchas veces —contestó aún con la morona en la mano de la cual colgaba una pequeña hormiga negra.

—¡Suelta eso Quía, que te va a morder!

Quía se asustó con el grito y soltó la morona pero la hormiga ya se le había subido a la mano y ahora caminaba hacia su brazo haciéndole cosquillas. La maestra se apresuró a quitársela, usando para ello la manga de su suéter, pero el bicho se le subió entonces a ella. La señorita Teresa comenzó a mover el brazo desesperada como si luchara contra un dragón en vez de con un bicho diminuto. La niña, a quien todo esto

le parecía exagerado, le pidió que se tranquilizara y dejara de manotear. “No puedo ayudarte si no dejas de moverte”, le decía Quía una y otra vez. Teresa finalmente hizo caso, aunque sin lograr calmarse del todo. Ya no movía los brazos como una desquiciada, pero ahora daba pequeños brincos como una loca. Quía colocó el dedo índice junto a la pobre hormiguita que, tras la zarandeada, caminaba en círculos sobre el estambre del suéter de Teresa. Pobre bichito, parecía algo mareado. Una vez que la hormiga se subió a su dedo sin darse cuenta, la niña acercó los labios y, de un solo soplo, la mandó a volar.

—Espero que no se haya hecho mucho daño —dijo Quía y miró el rostro pálido de la señorita Teresa. Siempre le había parecido extraño que las personas mayores le tuvieran tanto miedo a bichos tan pequeños. ¿Qué otra cosa podría hacerle ese bichito, ahora volador, sino hacerle unas cuantas cosquillas?

—Gracias por eso —contestó Teresa aliviada.

—No fue nada, en serio nada.

—Pues para mí sí fue mucho, Quía. Supongo que ya te diste cuenta pero... tengo mimercofobia.

—Pues..., sí claro, ya me había dado cuenta —dijo la niña sin entender la palabra pero sí su significado.

—Fobia a las hormigas, mimercofobia —explicó Teresa, quien equivocadamente creyó distinguir en la mueca de Quía un callado “ni idea de lo que hablas”.

—¿Y cómo se llama el miedo a las hormigas grandes?

—Igual, da lo mismo, una hormiga es una hormiga.

—Yo sólo le tengo miedo a las hormigas grandes, sobre todo si son rojas. Una vez una me mordió y no me soltaba, mamá

tuvo que arrancármela y el dedo se me hinchó muchísimo, me dolía horrible. Lo peor de que te muerda una hormiga no es que te arde sino que tu mamá no te deja rascarte. Pero las hormigas chiquitas no te muerden a menos que te pares encima de su hormiguero.

—Ya sé que es tonto tenerle miedo a una hormiga tan pequeñita, pero es que no puedo evitarlo. No soporto ni verlas, mucho menos tenerlas encima, ¡claro!, y cuando vi que ésta te atacaba, pues...

—Pero si sólo quería hacerme cosquillas.

—Sí, puede ser. ¡Qué exagerada soy!, ¿verdad?, lo siento. Prometo hacer algo para superar mi fobia. Ya verás. Me decías de los libros... que ya los leíste todos, ¿cierto?

—Ajá.

—Y varias veces, ¿no es así?

—Sí es.

—Bueno, pues en agradecimiento por haberme salvado la vida —dijo la maestra riendo—, te tengo una sorpresa.

—¿Qué?, ¿qué es?

“¿Qué puede ser más sorprendente que ver a la maestra luchar contra una hormiga como si de un dragón se tratara?”, pensaba Quía sin darse cuenta de que la maestra se había ido.

Al poco rato volvió la señorita Teresa con algo entre las manos. Lo cargaba con tanto cuidado que parecía que llevara un cachorro de perro o un gato.

—Toma, te lo regalo.

—¿Para mí?—preguntó la niña sin animarse a recibir el obsequio.

—Claro, por salvarme de esa enorme hormiga diminuta.

—¿Eh?

—Tómalo —exigió amorosamente la maestra.

—Pues, ¡gracias! —dijo Quía que no había parpadeado desde que se dio cuenta de que se trataba de un libro.

—¿Te gusta?

—¡Claro!

Y cómo no iba a gustarle si era un libro espectacular. Tenía unas tapas gruesas y plateadas, aunque estaban muy desgastadas y por todos lados se asomaba por debajo de la pintura la piel café claro con que estaba forrado el libro. Se veía que era un ejemplar viejo y no sólo por las manchas sino porque al tacto la portada no era plana como en el resto de los libros que conocía, sino que tenía un marco muy gordo en relieve. Quía colocó el dedo sobre la portada y lo deslizó hasta bordear el marco de izquierda a derecha y volver al punto donde había comenzado. También las letras sobresalían. Eran gordas y hermosas, con líneas ondeantes que terminaban en espiral en cada punta, muy similares a las capitulares con las que solían comenzar los libros de hadas que le leía su padre cuando era pequeña, sólo que estas letras parecían querer despegarse de donde estaban, con el objetivo de ir a husmear adentro del libro. ¿Y quién no? Al principio, Quía pensó que las hojas por dentro serían doradas, pero al hojearlo se dio cuenta de que sólo lo eran en la orilla y que esto no era muy notorio a menos de que el libro estuviera cerrado. Ese libro olía muy bien.

—¿Qué haces?—preguntó Teresa a la niña quien llevaba unos segundos con el libro pegado a la nariz.

—En mi casa nos gusta oler libros. Éste huele a historia de aventuras.

—No me digas. ¿De verdad?, a mí también me gusta olerlos —aseguró la maestra divertida y luego acercó la nariz—. ¡Es cierto!, huele a una aventura de las que hay pocas. No puedo creer que nunca me haya dado cuenta de que a eso es a lo que huele.

—¿Y por qué me lo regalas? —preguntó Quía.

—¿Y por qué no?

—¿Es tuyo?

—Lo era —dijo la maestra y sonrió sólo del lado izquierdo.

—¿De cuando eras niña?

—Sí, y antes fue de mi mamá y mucho antes de mi abuela. Al parecer a este libro no le agradan mucho los adultos. Ahora es tuyo. Estoy segura de que te va a encantar. Ya verás —aseguró la maestra—. ¿Y eso? —dijo con una repentina sorpresa que a Quía, quien la conocía muy bien, le pareció algo fingida.

Observó entonces a la niña, quien se tardaba demasiado en contestar, pero le incomodó su mirada, así que bajó la vista, sin querer, sobre los dispares zapatos.

—Ah, ¿mis zapatos? Son nuevos, ¡y me encantan!

—Sí, ya se ve pero no hacen pareja —comentó.

De inmediato se arrepintió la señorita Teresa de cometer tal imprudencia. Bien sabían todos, incluso ella a quien todo parecía escapársele, que los zapatos de Quía jamás formaban un par perfecto, aunque nunca antes éstos habían sido distintos por otra cosa que no fuera su tamaño. ¿Cuántas veces había regañado a los niños por molestarla con ese asunto?

—Sí, hacen pareja, así llegaron a mi casa, juntos. Mi papá dice que son la pareja más dispareja que jamás se ha visto.

—Ah —dijo Teresa sin mucho ánimo de escarbar más al asunto, pues los gritos que salían de la biblioteca eran cada vez más difícil de ser ignorados—. Bueno, me voy, que si dejo un minuto más solos a tus compañeros, son capaces de revolver todas las historias que han existido jamás. ¿Te imaginas el caos?, ¡qué tragedia!

Vaya que se lo imaginó, la imagen que había dejado la señorita Teresa en la cabeza de Quía hizo que esta pasara el tiempo restante revolviendo los títulos de los libros que había leído desde que era pequeña. Sólo que no le parecía que aquello fuera una tragedia sino más bien algo divertidísimo:

*Los tres lobos y Caperucita feroz*

*Blanca Nieves y la fábrica de chocolate*

*Donde viven los frijoles mágicos*

*La princesa y la piedra filosofal*

*Viaje al centro de Pinocho*

*Las aventuras de Huckleberry Pan*

*Alicia en el País de Nunca Jamás*

*La isla interminable*

*El día que los crayones regresaron a Oz*

*Platero de las tejas verdes*

*Veinte mil leguas de Pulgarcito*

*El Principito Nicolás*

### 3. El libro de la señorita Teresa

El zapatero de los casos difíciles era el nombre del libro que le había reglado la maestra. Como era de esperarse, a Quía el título le pareció de lo más interesante ya que, si de zapatos se trataba, toda su vida había sido ella sin duda un caso de lo más difícil.

Su mamá no le dejó siquiera abrir el libro hasta que no terminara de hacer los ejercicios que le había anotado la maestra en el cuaderno verde; eran multiplicaciones, pero no de las fáciles sino de las otras.

—¿Por qué te anotó la maestra los ejercicios en el cuaderno de capitales?, ¿no llevaste el de mate?

—Eh, no, lo olvidé —contestó Quía en voz muy baja.

—Tenías ahí la tarea, ¿no?

—Ajá.

—No me digas que otra vez...

Quía copió los ejercicios en el cuaderno azul. Le urgía saber de qué trataba la historia del libro plateado, pero sobre todo necesitaba descubrir si existía en el mundo un caso más difícil para un zapatero que su par de disparejos, muy disparejos pies.

Por primera vez unas multiplicaciones le costaban tanto trabajo, y no sólo por el punto decimal, sino porque no lograba concentrarse en otra cosa más que en su pie izquierdo, el cual no dejaba de moverse sin control para un lado y el otro. No importaba cuántas veces le ordenara dejar de hacerlo,

éste se negaba a obedecer. Dejó a un lado el cuaderno y abrió el libro. No había llegado siquiera al índice cuando su madre entró a la habitación.

—Quedamos en que no podías empezar el libro hasta que no terminaras los ejercicios —le advirtió su madre, a quien le encantaba usar el plural cuando no venía al caso.

—Sí mami, sólo estaba hojeándolo.

—No es momento de hojear sino de multiplicar, ¡anda! Dame ese libro que lo voy a poner en tu librero.

—No mami, ¡no te lo lleves! Prometo no abrirlo hasta que acabe la tarea. Es que nunca puedo bajar los libros pesados —explicó Quía a su madre, quien desistió, colocó el libro sobre el buró, le dio un beso y salió.

Quía observó sus pies. No sólo eran uno y otro, izquierdo y derecho, de distintos tamaños, sino que el dedo que le seguía al gordo del pie más inquieto estaba todo chueco, y es que no había día en que la niña no chocara su largo dedo contra la pata de una mesa o el borde de algún mueble. Incluso solía estrellarlo contra los escalones que iban del patio a su salón, a pesar de que llevaba casi tres meses que se había cambiado a esa escuela y que subía y bajaba esa escalera varias veces al día.

Aquí me gustaría haber dibujado el pie con el dedo chueco de Quía, pero dibujar un pie es súper difícil.

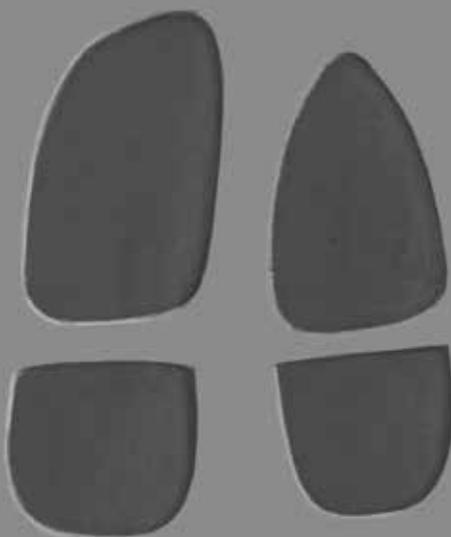
# EL ZAPATERO DE LOS CASOS DIFÍCILES

*Una historia casi real escrita por*

*Porfirio P. Pérez*

*bellamente ilustrada por*

*Porfirio Q. Pérez*



## 4. Érase una vez...

..así empezaba esta historia, como ya era de esperarse para un libro antiguo como éste.

Quía leyó durante toda la noche, la madrugada y una parte de la mañana. Era ese un libro muy gordo. A cada capítulo se decía, “ciérralo ya, mañana hay escuela”, pero cada vez que acababa uno más, la curiosidad la hacía leer el siguiente título y luego seguía leyendo. El caso es que estaban a punto de dar las siete cuando llegó por fin al último capítulo. Lo que ahí estaba escrito hizo que se le erizara la piel, que la cabeza y la nuca se le enfriaran, y que la parte superior del cuerpo le latiera con mucha fuerza. “Aquia”, leyó y repitió el nombre varias veces sin hacer pausas: Aquiaquiaquiaquiaaquia.

## 5. El último capítulo

Me hubiera encantado incluir aquí una copia del libro que antes fue de la señorita Teresa y ahora le pertenecía a Quía, y no solamente poner una foto de la portada, pero no es posible hacerlo así como así, sin el permiso del autor que en este caso ya no podría dar su consentimiento, pues murió hace muchos años, lo mismo que el ilustrador del libro. Cuando quien escribió un libro ha muerto, quienes tienen el derecho a decidir son comúnmente los familiares de éste. Es por esta razón que en su momento me di a la tarea de buscar a los herederos de Porfirio P. Pérez. Esto no fue algo fácil de hacer, pues todos los lugares en los que se suponía podría hallarlos ya no existían o eran otra cosa, como un lugar de tacos al pastor, una farmacia o una escuela de artes marciales para niños, por poner sólo algunos ejemplos. Los tacos, he de contarles, estaban realmente buenos, me he vuelto clienta habitual.

En cuanto a la búsqueda de algún Pérez (por ser un apellido muy común éste representaba un reto más complicado que el de buscar a un Gonzaga o a un Rivadeneira), me había dado por vencida cuando, por una de esas casualidades que suelen sucederme más seguido que a otras personas, conocí a un señor que conoció a una señora que conocía a la más chica de los Pérez, cuyo padre se llamaba, hasta donde sabía, no Porfirio P., como el escritor, sino Porfirio Q., como el ilustrador del libro. Al ser ella, hasta donde el señor sabía, la única sobreviviente de ambos hermanos Pérez, escritor e ilustrador, era también la única que podía decidir si dicho libro aparecería o no en este. ¡Qué gran enredo!

El caso es que no seguí el consejo de aquel hombre que me decía que no valdría la pena buscar a aquella heredera, pues la familia Pérez, o al menos los miembros que él había conocido en persona, nunca habían sido muy generosos que digamos. Tras varias semanas de llamadas y mensajes, por fin di con ella. Casi un mes después viajé muchos kilómetros para encontrarme con aquella única sobreviviente de los Pérez, ya fueran éstos P., Q. o cualquier otra letra del alfabeto. La cita la hicimos por correo electrónico y el lugar era un café ubicado en el kilómetro ya no me acuerdo de la carretera que va del pueblo de El Porvenir a El Olvido.

La más pequeña de los Pérez lo era al menos de tamaño, pues no alcanzaba ni el metro con cuarenta de altura. En cuanto a su edad, aunque jamás me la informó ni yo se la pregunté, digamos que tenía unos ochenta y tantos años y un día. No parecía la más pequeña de los Pérez una mujer fácil de convencer. La mujer no sonrió al llegar al lugar ni contestó a mi saludo, como al parecer era la costumbre por aquellos alrededores, pues tampoco alguien me había saludado al entrar a la cafetería. De cualquier modo decidí seguir con mi mejor actitud y después de un par de frases de cortesía le informé a la pequeña Pérez lo que pretendía: “Mi intención es publicar el libro de su padre y ¿su abuelo?”, le dije sin más vueltas. Ella contestó que sí, que el ilustrador era su padre y que había hecho esos dibujos cuando era niño, y que no, que no me permitiría publicarlo. Luego le informó al mesero que el día anterior había sido su cumpleaños y que lo festejaba ese día, así que este volvió acompañado de otros dos muchachos y con una rebanada de pastel de chocolate en la mano, encendió la vela con un cerillo y todos cantamos “Las mañanitas”. Esperé con paciencia a que la pequeña comiera su pastel. Masticaba lento, pues no tenía más de dos dientes visibles y quién sabe si le quedara alguna muela. El pastel se veía muy bueno así que pedí que trajeran también una rebanada para mi, pero el mesero me informó que esa que había servido había sido la última que quedaba.

—Los dibujos sí, si quiere, que eran de mi padre, pero el texto no, no me siento con el derecho de dejar que nadie lo use, ni siquiera conocí a mi abuelo, ¿cómo voy yo a saber si le habría gustado que su libro apareciera en el de usted? —dijo inmediatamente después de comer el último bocado. Esta vez lo saboreó con más lentitud con la clara intención de que yo salivara. Le hice ver que los dibujos sin el texto no me servirían pues no contaban la historia de principio a fin, pero que si al menos me dejaba poner una fotografía de la portada me sería de utilidad. Ella se limpió la boca y asintió con la cabeza.

—Envíeme por correo electrónico el documento para autorizarlo y se lo regreso firmado por mensajería. Pero debe darse prisa, no me estoy haciendo joven, sólo me estoy encogiendo —dijo—, pague usted mi cuenta y yo pago a cambio el envío del documento —agregó, se puso de pie, dio media vuelta y se fue sin despedirse.

Por la ventana del café alcancé a ver a la pequeña Pérez arrastrar los pies hasta su auto, subirse y echarse en reversa para incorporarse a la carretera y perderse junto con su diminuto auto tras el horizonte con rumbo a El Olvido.

Incluyo aquí lo siguiente en un intento por sustituir la copia del libro que no me fue autorizado publicar:

Resumen y algunas explicaciones en torno al libro: *El zapatero de los casos difíciles*, de Porfirio P. Pérez e ilustrado por Porfirio Q. Pérez.

Por alguna razón no explicada en el libro, el zapatero que aparece en esta historia sólo hacía zapatos para las personas que no podían comprarlos en las tiendas regulares no por falta de dinero sino por ser sus pies excepcionales. Iban a verlo de lugares tan lejanos como Groenlandia, Tonga, Moldavia, e incluso, Camboya y Suazilandia. Aquel hombre había comenzado con ese oficio haciendo a mano zapatos para payaso pero pronto había corrido la voz, quién sabe

por qué, de que este podía hacer cualquier calzado que se le pidiera. Fue así que empezaron a llegar a aquel taller las personas más exóticas con las peticiones más extrañas:

Una bailarina con los pies del tamaño de los de un bebé y que parecía siempre andar en puntas.

Un hombre con los pies tan planos y extendidos como las aletas de un pato.

Un joven con los pies arrugados al que ningún calzado, ni siquiera las pantuflas, le venía cómodo y a quien, tras varias pruebas fallidas, el zapatero terminó por hacerle unos zapatos que parecían sus mismos pies, con exactamente las mismas arrugas, pero de piel negra.

Aunque hubiera podido poner aquí una copia del libro, si yo tuviera el talento hubiera incluido sin duda el dibujo de cada uno de los pares de zapatos. Es extraño que justo lo que Pérez Q. debió ilustrar no lo hubiera hecho y en cambio se hubiera dado a la tarea de hacer un dibujo de lo más detallado del taller del zapatero con todas sus herramientas, bancos y estantes, pero lleno de zapatos que no parecían tener nada de excepcional. Ni siquiera un par de zapatos de payaso aparecía en aquella imagen. Dejo el espacio en blanco por si alguien quiere hacerlos.



Cada capítulo del libro, a partir del segundo, cuenta una a una la visita de un personaje distinto al taller del zapatero. Es hasta el último capítulo donde aparece la niña. Se trata de una pequeña con un par de pies de muy distinto tamaño a quien el zapatero le confecciona un par de zapatos cafés, uno, el más grande, con la punta chata y un moño a tono, el otro puntiagudo y con un pequeño pompón color azul claro. “El objetivo”, le explica entonces el hombre a la niña, “es que el zapato más chico parezca más largo y sea más llamativo, de modo que la gente no note la diferencia de tamaños y se fije más en la diferencia que existe en las formas y los adornos. Con estos zapatos, nadie se dará cuenta de que los pies que los calzan son distintos”.

La niña del libro, llamada Aquia, hacía pocos meses se había mudado a otro pueblo y no había ido aún a su nueva escuela. Estaba tan emocionada con la idea de que esta vez no la molestarían por sus pies disparejos, aunque sí por sus desiguales zapatos, que había olvidado en el taller del zapatero el libro que llevaba en la mano, pero eso no le importó demasiado pues había leído aquella historia tantas veces que se la sabía casi de memoria. “Llevándola dentro de su mente, no la necesitaba más cargar bajo el brazo”. Incluso podría haber reescrito el libro si así hubiera querido, y éste habría sido casi idéntico al original. Tras meses sin que regresara la niña a reclamar aquel libro y sin saber nada de ella, el zapatero se lo regaló a su hija Teresa, diciéndole que éste le había pertenecido antes a su madre y mucho antes a su abuela. Le daba pena confesarle que se había quedado con un libro que no le pertenecía. Supongo que le pareció buena idea inventar aquella historia, en vez de cualquier otra, porque su hija no tenía ninguna pertenencia de su madre, quien había muerto al nacer la niña.

El libro que Aquia olvidó entonces en el taller del zapatero y que ahora pertenecía a Teresa llevaba por título: *Quía y el misterio del dispar de zapatos*.

Al leer esto último, y como era de esperarse, Quía soltó el libro como si éste fuera a morderle. Era un libro pesado así que de inmediato su madre gritó desde su recámara para saber si ella estaba bien. El ruido había sido demasiado parecido al que hacía algunos años se escuchaba cuando su hija se caía de la cama, un día sí y el otro igual.

Como la niña no logró recuperarse de la impresión y contestar a tiempo, su madre, con todo y gesto de preocupación, no tardó en asomar la cabeza por la puerta.

—¿Qué se cayó? —preguntó aliviada al verla como si nada sentada en la cama.

—El libro que me regaló la maestra, mami.

—Bueno, ¿y por qué no contestas?, pensé que te habías caído —reclamó Alondra alisándose el cabello con las manos.

—¿De la cama?

—Sí, de la cama. ¿De dónde más te ibas a caer a estas horas de la mañana?

—Hace mucho que eso no me pasa —contestó Quía, quien en realidad, al leer aquella frase en el libro de la señorita Teresa, sí había tenido la sensación de caer.

—Lo sé, lo sé, pero es que sí sonó muy fuerte —explicó Alondra acercándose a la niña y tropezando con el libro—. Este libro que te dio la señorita Teresa es muy gordo, y se ve algo antiguo y valioso —dijo mientras lo levantaba del piso—. ¿Estás segura de que te lo regaló?, ¿no será mas bien que te lo prestó?

—Bien segura mami.

—Bueno, si estás bien segura... ¿y ya lo empezaste?

—Sí, ya.

—Pues, cuando lo acabes me cuentas de qué se trata, ¿va?

—Va.

—Ahora a vestirse y a desayunar, que ya pasan de las siete. Papá hizo enfrijoladas —dijo Alondra mientras aspiraba el aroma que recién entraba por la puerta, sin darse cuenta de que esta vez Quía no había festejado como acostumbraba cada vez que su padre preparaba alguno de sus platillos favoritos—. Ah, y también hizo bacalao para la cena —agregó aspirando el aroma que recién entraba a la habitación—, al parecer papi tuvo insomnio de nuevo.

Alondra colocó el libro sobre el buró y se fue apresurada.

Ya olía a café cuando Quía entró a la cocina. Le gustaba el aroma de aquella bebida, aunque no el sabor. Una vez había metido el dedo a la taza con café que su madre había olvidado en la mesa desde la mañana y, tras probarlo, lo escupió en una servilleta. Tuvo que tomar un vaso entero de leche fría y luego otro más para quitarse el sabor amargo.

La niña subió al banco de un solo brinco y se impulsó un poco hacia atrás colocando los pies en la orilla de la barra. No podía dejar de pensar en que su propio nombre apareciera en el libro de la señorita Teresa. Si ella se llamara Sofía o María o Carla, aun le parecería rara la coincidencia del “misterio del dispar de zapatos”, pues eso de por sí tenía mucho que ver con ella pero..., ¿cuántas niñas llamadas Quía podría haber en el mundo? De por sí, que la protagonista de aquel capítulo se llamara Aquia era suficientemente raro pero, ¿Quía?

—¿Otra vez esos zapatos? —preguntó Gonzalo a modo de reclamo al ver a su hija balanceándose. El hombre tenía unas ojeras enormes y grises, y el cabello todo despeinado.

—Ajá —contestó Quía como lo hacía siempre que no entendía, no ponía atención a una pregunta o no quería contestar;

luego, siguió masticando sin siquiera darse cuenta de lo que comía.

Un bocado al ir hacia el frente, masticar al ir hacia atrás, vuelta a empezar. “Estoy segura de que ese libro se trata de mí”, pensaba a cada ir, “Y ese nombre ‘Aquia’ es muy parecido al mío”, pensaba a cada volver.

—¡Qué no hagas eso Quía!, ¡que te vas a caer! —gritó esta vez Alondra haciendo que del susto la niña cayera del banco y al meter las manos soltara el tenedor, manchando su pantalón de frijoles, crema y aguacate.

—Ve a cambiarte toda, de pies a cabeza, ¡vamos! —dijo su madre.

¡Un momento!, que olvidé decir algo importante: en el mismo instante en que Quía soltó el libro aquella mañana apareció el gato y emitió un maullido, aunque en aquella ocasión ninguno de los habitantes de la casa lo supo, pues el sonido fue opacado por el estruendo que hizo el libro al caer al piso.

El felino había entrado a la casa de los Ulloa guiado por el aroma a bacalao, y no sólo lo había olido sino que de inmediato lo devoró. A pesar de que se acicalaba todo el tiempo, el gato duró muchos días despidiendo aquel olor a pescado, aceite de oliva, jitomate, perejil y cebolla. Fue Gonzalo quien, minutos más tarde, lo descubrió lamiéndose los bigotes como si nada, sentado sobre la barra de la cocina. Resulta raro que la madre, a quien no le agradaba nada tener una mascota en casa, no hubiera corrido al gato, aun a pesar de haberse devorado la cena. Desde que los Ulloa lo adoptaron, Bacalao, que gustaba mucho de ir a explorar por ahí, aparecía y desaparecía de la casa cada vez que le daba la gana, como es normal en los gatos. Cuando la familia llevaba mucho tiempo sin verlo, Quía convencía a su padre de preparar bacalao, y Bacalao llegaba. Era un felino muy convenenciero. Quién sabe en qué otras casas viviría también o si tendría otros

nombres y otras vidas. Lo único que puedo asegurar es que quien en esa casa llevaba por nombre Bacalao era un gato muy bien alimentado pues, a veces, tras semanas o hasta meses de ausencia, llegaba con aliento a jamón, otras a atún y otras a sardinas. A pesar de ello, siempre volvía con hambre.

## 6. El mapa

—Bueno, ¿y por qué tanto interés en ese pueblo?—preguntó la maestra mientras la niña tecleaba: “Pueblo La Cerradura México”. Quía se asustó al escuchar su voz a la altura de la nuca. Una vez más no había notado su presencia. Uno de los talentos de la señorita Teresa era ser en extremo silenciosa, cuando quería.

—Nada más —dijo después de dar un brinco en la silla.

—Un pueblo que sale en un libro no necesariamente existe —le explicó Teresa, que sabía de dónde había sacado la niña aquella idea.

—Éste sí existe —aseguró la niña con la mirada fija—. Estoy segura, ¿tú no?

—Bueno, pues... veamos —dijo la maestra ignorando la pregunta de Quía y se agachó de nuevo para mirar junto con ella los resultados arrojados en la pantalla.

Se apresuró la niña a abrir el primer resultado. Éste se desplegó de inmediato:

“La Cerradura, pueblo ficticio que aparece en el libro: *El zapatero de los casos difíciles*, de Porfirio P. Pérez, autor mexicano, e ilustrado por Porfirio Q. Pérez”. Un poco más abajo había un par de imágenes, una era la ilustración detallada del taller del zapatero y la otra un libro boca abajo sobre una banca baja. Era su libro, es decir, el que le había regalado la señorita Teresa, el que Porfirio Q. Pérez había dibujado, no cabía duda. A esas alturas a Quía ya le parecía posible cualquier cosa, así que no comentó nada al respecto.

—No hay un mapa —dijo decepcionada tras abrir los demás resultados de la búsqueda en la computadora—. Quería imprimirlo para meterlo al libro.

—Bueno, es un pueblo imaginario así que...

—Pero sí existe, estoy segura —dijo la niña un tanto molesta.

—Bueno, bueno, está bien... ¡Se me ocurre algo! Puedes dibujar un mapa y pegarlo en tu libro. ¿Para qué son las hojas en blanco que tienen los libros si no?

—Ajá.

—Incluso podemos subir el mapa a Internet y así cuando alguien más lo busqué, ¡zas!, le va a aparecer. ¿Te gustaría?— propuso Teresa sin esperar una respuesta que de cualquier modo no iba a recibir, pues Quía seguía buscando en la computadora.

La maestra fue a buscar papel y unos plumones o lápices de colores en el cajón de materiales. Probó unos cuantos plumones rayando en una de las hojas de reciclaje, pero algunos ya estaban secos. Los colores no estaban, tendría que ir a la bodega de la escuela por unos nuevos. En cuanto salió, los niños comenzaron a gritar y las bolas de papel de todos tamaños a volar de extremo a extremo del salón.

Quía continuó la búsqueda del mapa sin obtener resultados. “¿Y la maestra?”, se preguntó al mirar hacia atrás después de que un bola de papel golpeará la pantalla y la sacara de su ensimismamiento. “No la sentí irse.” Comenzaba a creer que la señorita Teresa era en realidad un gato. Ya que se había ido quién sabe a dónde, aprovecharía para buscar algo más...

Abrió tanto los párpados al ver lo que su búsqueda había arrojado, que casi se le cayeron los ojos sobre el teclado. Estaba paralizada. Reaccionó hasta ser golpeada por una de las bolas de papel. Tardó un poco en atreverse a mirar de

nuevo los resultados arrojados tras haber tecleado: “Pueblo La Llave”.

*La Llave, México. Pueblo imaginario que aparece en los libros: Quía y el misterio del dispar de zapatos y Quía y el misterio de la gemela de pies al revés, escritos por Yolanda Rubioceja, e ilustrados por \_\_\_\_\_ . Número de habitantes: 3 141 humanos imaginarios, 180 perros y 42 gatos imaginados.*

## 7. El pueblo inexistente

Mientras Gonzalo perdía la paciencia, Alondra tocaba al piano una y otra vez las mismas notas y se detenía. Bacalao por fin había vuelto, aunque aún no se dejaba ver. Nadie lo esperaba ese día, pues esta vez no había sido un guiso lo que lo había atraído sino la certeza de que Quía lo necesitaba.

—¡Claro que este pueblo existe!, ¿de dónde sacas que no?  
—reclamó Gonzalo a su hija más preocupado por la salud mental de su hija que enojado.

—Búscaló tú y verás que no aparece, papi —contestó girando la pantalla de la computadora hacia él y acercándole el teclado.

—¿Es en serio?, ¿si lo encuentro qué te hago?

—¿Un sándwich?

—¡No te hagas la chistosa! Me estás jugando una broma, ¿verdad que sí? —preguntó con la esperanza de que su hija le confesara que sólo quería asustarlo.

—No, de verdad, de verdad. Lo busqué por la mañana en la computadora de la escuela y luego aquí tres veces. La Llave no existe, es un pueblo imaginario que se inventó una escritora, no recuerdo su nombre. Búscaló y verás. ¡Anda! —dijo y volteó un poco más la pantalla hacia su padre, quien apretaba cada vez los labios haciendo que su sonrisa pareciera más la mueca de alguien a punto de gritar.

Más por demostrarle a Quía que por supuesto el pueblo en el que vivían existía, que porque pensara que había una mínima posibilidad de que estuviera en lo cierto, Gonzalo tecleó: “La

Llace"... "La Llabe"... "La Llave". Aparecieron centenas de resultados; información general, la misma palabra dicha en varios idiomas, fotos de todo tipo de llaves: la de Sol, la que abre cerraduras pero también la que deja salir el agua, la que aprieta o afloja cosas e incluso las que le aplican los luchadores a sus contrincantes. En este punto, en verdad, en verdad, cómo me gustaría saber dibujar. Voy a dejar el espacio aquí para algunos tipos de llaves, ya sabes qué hacer.

Llave de tuercas

Llave de grifo (agua)

Llave para abrir cerraduras

Llave de Sol

La Hurracarana

—¡Ay papá!, pareces nuevo, tienes que poner: “pueblo La Llave”. Si no escribes bien lo que quieres te sale cualquier cosa, ¿ves?..., ¿qué es la Hurracarana?

—Una llave que aplican en la lucha libre.

—¿Qué es lucha libre?

—Pues, es una cosa rara. Es un deporte, pero también una puesta en escena, como el teatro, sólo que la hacen en un cuadrilátero.

—¿Un cuadrado?

—Sí, pero un cuadrado con cuerdas. Un cuadrilátero.

—¿Como una guitarra cuadrada?

—No, no como una guitarra..., como un cuadrilátero.

—Cuadrilátero: figura geométrica de cuatro lados —dijo Quía, quien había contestado esa pregunta apenas en el examen de hacía tres días, antes de salir de vacaciones.

—Mira, mejor te llevo para que lo veas tú misma porque no sé cómo explicártelo —le propuso su papá ya con poca paciencia.

—¿Y si lo vemos por Internet?

—No, mejor te llevo un domingo, tú todo lo quieres buscar por Internet.

—Bueno. Pero en la imagen aparecían dos personas peleando, y mami dice que cuando vea que va a haber pleito mejor me vaya —le advirtió la niña.

—Sí pero esto es de a mentiritas.

—¿Cómo de a mentiritas?

—Será mejor que vayamos a verlo. Tú y yo el próximo

domingo, ¿te parece bien?, y a mamá la dejamos descansar. No va a querer ir, y aunque fuera con nosotros, no le va a gustar. Mejor ni le intentamos —se excusó su padre.

—Bueno..., pero yo sé por qué no quieres que vaya, porque a mami no le gustan las peleas. A mi tampoco me gustan.

—Sí, sí, pero esto es distinto, ya verás —le aseguró Gonzalo, quien en realidad no sabía mucho de lucha libre ni había visto nunca el espectáculo en vivo.

—Bueno..., ¿entonces?, ¿quieres que yo busque por ti papi? —propuso Quía y jaló el teclado hacia ella.

—No, no, yo sé perfectamente buscar, a ver —dijo, regresó el teclado hacia él y escribió con un sólo dedo: “pueblo La Llave”...

Gonzalo le explicó a su hija que quizá era que el pueblo en el que ahora vivían era tan, pero tan chico y con tan, pero tan pocos habitantes, que quizás se habían olvidado de registrarlo. Por supuesto ésa era una respuesta que ni él se creía, pero debía ponerse ya a trabajar y terminar en no más de una hora para enviar por correo el documento que su jefe estaría esperando. Lo de menos sería que el pueblo fuera imaginario, la tragedia sería que, si no enviaba el escrito su sueldo y su puesto también lo serían, y entonces no tendrían dinero para pagar la renta imaginaria de su casa imaginaria ni los imaginarios huevos, pan, leche y demás alimentos que necesitaban para saciar su hambre que de imaginaria no tenía ni la i. ¿Dónde encontraría un empleo como éste en el que le permitían hacer casi todo en casa y sólo ir a la Ciudad de México a una junta a lo más una vez por mes? Ahora que lo pensaba, el suyo sí que parecía un trabajo imaginario, o al menos era el empleo de sus sueños. Si habían podido irse a vivir a ese lugar tranquilo y soleado, quizá demasiado, era precisamente gracias a eso y a que, desde ya hacía mucho tiempo Alondra había dejado su puesto en una oficina para

escribir música para películas, ahora pasaba casi todo el día al piano. La vida de la familia Ulloa Ramírez transcurría casi siempre con música de fondo. Eso era divertido pues, a veces, mientras veían una película en el cine, Quía y Gonzalo reconocían la música de cuando habían jugado a las cartas, del día en que los había visitado el abuelo o de las reparaciones del gato que parecía preferir, para hacer su entrada triunfal, los sonidos agudos y las notas alegres.

## 8. Ojos

Esa noche tampoco dormiría. Si lo hacía, si dejaba que los párpados se le cerraran, pensaba Quía al descubrir que ella era uno de los personajes que allí aparecían, quizá despertaría dentro de aquel otro libro del que hablaban en el libro de la señorita Teresa: el de El zapatero de los casos difíciles o raros o imposibles o algo así.

Mientras más horas llevaba sin dormir, menos lograba concentrarse y recordar las cosas, sobre todo las que habían pasado hacía poco como, por ejemplo, lo que había leído la noche anterior. Sólo le habían quedado de la lectura algunas imágenes que se había hecho en la cabeza, pero éstas se iban transformando tanto que ya no se podía confiar en ellas. Si las hubiera dibujado en los espacios en blanco entre los capítulos de la historia, como siempre lo hacía, podría ahora hojear el libro y recordarlo todo, pero por primera vez no se había atrevido a hacerlo. Aunque su maestra le había dicho que el libro era ahora suyo, Quía no podía sentir que así lo era, cada vez que pensaba que antes que a ella éste le había pertenecido a Aquia y que ni ella ni la señorita Teresa habían hecho siquiera un rayón o un círculo, o habían subrayado alguna frase, mucho menos había en el libro un dibujo. No lograba dejar de sentir que ese libro no le pertenecía.

Para no dejarse vencer por el sueño, prendió la luz y recommenzó la lectura pero no logró concentrarse. Las letras se le mezclaban formando palabras extrañas, algunas de ellas impronunciables.

¿Y si la señorita Teresa lo sabía todo?, ¿y si sólo había fingido que no tenía idea de las similitudes entre Aquia y

ella aprovechando que su mirada, puesta en la pantalla, no podía delatarla esta vez? Después de todo, le había regalado ese libro precisamente a ella que tenía los pies de distinto tamaño, como la tal Aquia. Eso por supuesto que no podía ser una casualidad. ¿O sí?

Al parecer su maestra ocultaba algo más que sólo un par de chocolates en el cajón de su escritorio.

En cuanto llegara a la escuela le preguntaría. Lo haría mirándola directo a los ojos. Le diría: “¿Realmente por qué me regalaste ese libro?”, “¿sabes cómo encontrar a Aquia?”, “¿cómo es que aparezco en un libro que escribieron mucho antes de que yo naciera?”

A la gente le cuesta trabajo mentir y mirar a los ojos al mismo tiempo, Quía lo tenía comprobado. Había hecho muchas pruebas, no solamente con sus papás sino también con algunos de los niños de la escuela y hasta con la misma señorita Teresa. El único ser capaz de mentirle viéndola a los ojos era Bacalao que, casualmente, la observaba en ese mismo instante desde el marco de la ventana. Desde la sala se escuchó a su madre golpear las teclas del piano. Sólo fueron tres notas, cada vez más agudas. ¡Qué susto le pegaba ese gato cada vez que aparecía por ahí sin hacer ruido alguno!

No era muy difícil asomarse a los ojos de una maestra como Teresa. Sus pupilas eran de un color miel tan claro que se podía ver lo que había en el fondo de ellos. Casi cualquier persona se daba cuenta de que cuando ella decía que estaba enojada, no lo estaba en verdad, y que los chistes de Samuel sí le hacían gracia aunque hiciera una mueca de desagrado y le pidiera que saliera “de inmediato” del salón. Cuando mentía, el mar que eran sus ojos se revolvía con la arena del fondo. Samuel sabía muy bien que sus regaños no le salían del estómago como a los otros maestros, sino de la garganta y era por ello que seguía soltando todas sus ocurrencias sin

temor alguno. Aunque algunas veces, mientras estaba afuera del salón, el niño recibía regaños reales de los adultos que pasaban por ahí. “¿Otra vez castigado, Herrero Martínez?, ¿es que no te puedes estar en paz?”

Ni Samuel ni nadie en ese salón le tenía miedo a la señorita Teresa, por más que ella se esforzara en hacer gestos horrendos cada vez que debiera enojarse. Todos se daban cuenta de que sonreía por dentro. A quien todos le temían era al director Arnulfo, quien era todo lo contrario a la maestra. Fingía tener buen carácter pero llevaba siempre los labios arqueados en algo que pretendía ser una sonrisa y que resultaba más bien un gesto siniestro, sobre todo cuando regañaba a alguno de los niños sin modificar ni un poco su expresión, a menos de que durante uno de los paseos que hacía cada hora y media, con el fin de estirar las piernas, descubriera a Samuel en el pasillo; entonces, se le marcaba un par de líneas profundas que le bajaban por las comisuras de los labios hasta dar vuelta bajo la barbilla; se le arrugaba la nariz; se le subían un poco las orejas y, sin relajar la sonrisa, eso sí, ordenaba con voz gangosa: “En mi oficina en tres, dos, uno...” Samuel era el único niño capaz de hacer que, al menos en cierta medida, el director mostrara su verdadera cara.

La historia del director Arnulfo y el por qué de su sonrisa al revés es de lo más interesante. Incluso daría para otro libro, pero ya tengo mucho que contar sólo con la historia de Quía y no quiero enredarme más, así que me la guardo en el bolsillo por si alguna vez se da la oportunidad. Que si me detuviera a contar la historia de cada persona que se cruzó en la vida de la niña, esta se llamaría: *La historia interminable de Quía y el misterio de la gemela de pies al revés*.

## 9. El rincón de los libros extraños

La señorita Teresa le dijo a Quía que no, que nada que ver, que como no tenía hijos ni sobrinos, ni nadie más a quién darle el libro de su niñez, había decidido regalárselo a la estudiante de su salón a quien más le gustaba leer, y que eso era todo. Pero Quía se asomó a sus ojos y vio que en el fondo se formaba un par de remolinos. Al sentirse descubierta, su maestra no logró decir más. Tras un silencio incómodo se puso de pie, ofreció su mano a la niña y la condujo al fondo de la biblioteca, donde estaba el pequeño estante de los libros extraños que hacía mucho que Quía no visitaba, pues ahí estaban los libros para los niños más pequeños, sin una sola palabra, excepto por el título y el autor, de ahí en fuera sólo dibujos grandes y coloridos.

La niña los hojeó todos. Se sorprendió al notar que ya no los recordaba, a pesar de saber que cuando tenía tres y cuatro años los veía todos los días. Quizás fuera porque desde hacía mucho tiempo ya no leía los libros de atrás para adelante. Cada libro contaba una historia distinta, la de la rana que se volvía renacuajo que ahora trataba sobre un renacuajo que se volvía rana fue la que más le gustó por los dibujos, pero la historia más entretenida fue la de la tierra donde, plantaras lo que plantaras, salía un árbol. El libro se iba volviendo un bosque repleto de ramas que saltaban al pasar cada página, y de las que colgaban espejos, perros, pelotas y hasta casas. Quía siempre había querido tener una casa en el árbol pero nunca se habría imaginado un árbol de casas. Cualquiera cosa era capaz de crecer en ese libro fértil y sin nombre. Incluso la niña descubrió que mientras el libro estaba cerrado, entre las páginas antes en blanco le crecían nuevos árboles. Había puesto una moneda de un peso entre dos páginas en blanco

para luego preguntar a su maestra si podía dibujar su propio árbol en ellas pero al abrir el libro de nuevo descubrió que le había crecido un árbol de monedas, no sólo de un peso sino también de cinco y diez, incluso colgaban de las ramas algunas monedas todavía inmaduras de cincuenta centavos. Sólo las ya maduras y pesadas, las de diez pesos, caían al piso.

—Este árbol lo planté yo —dijo Quía orgullosa a su maestra al ver que ésta se asomaba—, por eso siempre me estoy encontrando monedas debajo de los árboles.

—Yo planté éste —le reveló la señorita Teresa tras voltear la hoja y mostrarle con el dedo un árbol gigante que ocupaba las páginas 5 y 6.

¡El árbol de libros!, hasta ese momento lo vio con detenimiento, las portadas de los libros tenían escritos los títulos pero con letras minúsculamente diminutas. Quía tenía una vista tan buena que en casa era la encargada de leer la información de las etiquetas, los frascos y cajas de comida que sus padres no lograban distinguir ni con lupa. Tantas etiquetas había leído la niña que ya se sabía de memoria palabras como: “rivo flavina”, “ácido tartárico”, y “eritorbato de sodio”, “terbutil hidroquinona”.

Ahí estaban todos los libros que sus padres le habían leído de pequeña. En el suelo, al pie del árbol, estaban los que había leído últimamente, incluidos el del zapatero y el que ahora mismo tenía en sus manos. También había, escondidos entre el follaje, algunos libros cuyos títulos nunca antes había visto. Le costó trabajo distinguirlos pues a primera vista se confundían con las ramas y las hojas. Le llamaron la atención varios de ellos, tal vez los pediría en su siguiente visita a la librería.

—Pero es imposible, no se pueden plantar árboles de monedas ni de libros —dijo Quía más para ella que para su maestra.

Cuando algo no le hacía sentido le servía decirlo en voz alta y escucharse como si fuera alguien más quien le hablaba.

—Claro que es posible. Es un árbol hecho de libros hechos de árboles —le dijo la señorita Teresa a Quía, quien tardó un poco en entender lo que esto significaba.

—¡Claro!, el papel sale de los árboles.

—Exacto, entonces, ¿es posible plantar libros o no?—preguntó su maestra.

—¿Y monedas?, ¿es posible plantar monedas?

—Tú dime, es tu árbol, no el mío —contestó la maestra con los remolinos de arena dando aún vueltas en el fondo de los ojos.

Quía se dio a la tarea de leer los títulos de todos los libros, primero los ya conocidos y luego los otros:

*La ballena oxidada*

*El pasadizo oculto*

*La sonrisa siniestra de Arnulfo*

*Quía y el misterio del dispar de zapatos*

*Quía y el misterio de la gemela de pies al revés*

—¿Qué?

La niña se sintió mareada. Un calor intenso se le subió a la cabeza. Los brazos y manos comenzaron a hormiguarle, luego sólo sintió frío en todo el cuerpo. La maestra la sostuvo por la espalda para evitar que cayera al suelo. Quía tardó algunos minutos en poder sostenerse sola en pie de nuevo.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó la maestra con voz suave.

—¿Eh?, creo que sí —contestó ella.

—Ábrelo en la última página —le pidió Teresa y le entregó un libro, sus ojos eran aún más claros, el color miel se le había ido al fondo y se movía como la arena de la orilla revuelta por las olas del mar. En su exterior sus ojos eran dos domos transparentes.

—Quía sintió miedo, o quizás es que nunca dejó de tenerlo desde que supo que la señorita Teresa era también parte del libro del zapatero. De cualquier modo abrió el libro que recién le había entregado su maestra, lo hizo como antes, cuando era pequeña, en su última hoja.

“Fin, se acabó” —alcanzó a leer antes de que las letras que parecían dibujadas con un palo sobre la arena se desvanecieran tras un parpadeo. El libro se le cayó de entre las manos, abierto.

Letra a letra la palabra:

*E N T R A,*

apareció un segundo y se desvaneció.

La huella de dos zapatos se marcó en cada página. Una, la izquierda era evidentemente más grande que la derecha. Quía colocó sus pies, es decir, sus zapatos sobre éstos. Eran de idéntico tamaño. Comenzó a hundirse tan rápido que no alcanzó a sostenerse de nada, miró hacia arriba, desde donde la observaba la señorita Teresa. Sonreía. Vio su propio reflejo en las pupilas de los ojos de su maestra. Nunca antes se había dado cuenta de que una de sus pupilas, la izquierda, era más grande que la otra.

¿Se hundía en realidad?

No, no le parecía así ahora, se podría decir que más bien se plegaba de pies a cabeza hasta caer en la página en blanco. Quien fuera que la había dibujado no lo hacía nada mal, aunque ahora parecía un poco más pálida y alta que de

costumbre. Intentó moverse pero no lo logró. La señorita Teresa acercó su enorme mano y con ella unos dedos que crecieron hasta hacerse gigantes. Quía se sintió entonces del tamaño de una hormiga. Pensó que su maestra la sujetaría por una de sus orillas y la despegaría del papel, pero lo que arrancó fue la hoja completa. Teresa metió a la niña entre las páginas centrales de otro libro, uno que hasta entonces había estado escondido en segunda fila, tras los libros extraños. Quía pensó que sería aplastada y alzó los brazos para detener la portada y el resto de las hojas que estaban por caerle encima, pero ahora ella estaba sólo hecha de líneas y no logró despegar sus manos de la hoja. Al caerle encima la otra mitad del libro no sintió dolor alguno. Todo se oscureció.

—¡Pst, pst!—se escuchó algo lejos.

—¿Quién es?—preguntó Quía.

—Acá, del otro lado de la hoja —le susurró una voz.

—¿Cómo?—preguntó la niña, quien comenzaba a acostumbrarse a la oscuridad y ya alcanzaba a distinguir sus pies y manos.

—Del otro lado, sólo da un paso hacia atrás.

Quía no sabía qué hacer o más bien si debía hacerlo y cómo llevarlo a cabo. ¿Dar un paso atrás? No se sentía capaz de ello. Lo intentó, pero estaba atrapada entre dos páginas y, aunque no se sentía aplastada, tenía la sensación de estar sujeta a algo. Aun así, dio a su pie la orden de moverse hacia atrás pero este, en vez de desplazarse, sólo empequeñeció. Debía haber dado la orden al pie derecho, pues el izquierdo hacía siempre lo que quería.

—¡Eso es!, es un buen intento, pero el paso que sea más largo, apenas veo medio pie de este lado, niña —le ordenó quién fuera que le hablaba desde la página por descubrir.

—¡Pero si no me he movido nada!

—¿Cómo nada?, si has dado un pasito, aunque no lo suficientemente largo, inténtalo otra vez, anda.

Quía dio de nuevo la orden al pie izquierdo y éste empequeñeció aún más desapareciendo tras la página, seguido de la mitad de la pierna. ¡Qué susto se llevó al no ver más allá de su rodilla! No sabría nadie si en aquel momento ella estaba más asustada que sorprendida o lo mismo pero al revés, y es que no hubo tiempo para darle vueltas al asunto, pues de inmediato dos manos sujetaron su pierna y la jalaron hacia lo que a primera vista parecía ser la página siguiente.

—Disculpa que haya sido tan rudo pero es que no te decidías a pasar de página y odio las historias que avanzan lento —le dijo aquel ser.

No lograba distinguir la figura de quien le hablaba, sólo su silueta. Había en ese lugar tanta luz que los ojos le dolían. Restregó sus párpados pero el resultado fue aún peor, ahora veía dos siluetas en vez de una, lo cual hacía que le fuera más difícil encontrarle una cara a ese personaje que le hablaba desde allá arriba.

—Disculpa, no te di esto —le dijo y le entregó algo en las manos—. ¡Póntelos!

Quía tentó el objeto y lo reconoció de inmediato. Sin duda eran unos lentes. Se los colocó. Sí que era alto y con unos ojos enormes aquel ser tras las micas oscuras.

—Mejor, ¿no? —preguntó sonriente—. Cuando te acostumbres me los devuelves, ¿eh?, que mis ojos son muy sensibles y en este libro hay frases muy luminosas, claro que también hay otras un poco oscuras, pero no te angusties, que son las menos.

—¿Dónde estoy?, ¿quién eres tú?—preguntó Quía.

—Sí, sí, a eso iba ya. Me llamo “El ser” pero también me dicen “La Criatura Espigada”. Seas muy bienvenida a:

*Quía y el misterio del dispar de zapatos.*

Siéntete como en tu libro, o... bueno, sin el “como”, estás en tu libro, de hecho. Llegas tarde, te esperábamos desde la primera página. Menos mal que éste es un libro corto, que si no...

—¿Me esperaban?, ¿hay más como tú?

—¡Claro que no!, como yo sólo soy yo. Si lo que preguntas es si hay más personajes, ¡claro que sí!, muchísimos más, soy el único que los conoce a todos. Sé cómo se llama cada uno y lo que ha hecho, también sé lo que harán. Ahora mismo está por llegar Gota, no te vayas a asustar, siempre está gritando porque está casi sorda.

—¡Vaya, vaya, vaya señorita!, hace como quince páginas que está listo el desayuno, es una falta de respeto creo yo, pero bueno, ya está usted aquí, lo caliento en unos minutos, no se vaya a ir otra vez, es decir, no que se haya ido antes pero... no vaya a desaparecer. Y tú, Criatura Espigada, ve a avisarle a los demás.

—Claro que sí, voy de inmediato, claro que sí.

—¡Qué bien huele aquí!—exclamó Quía al aspirar el aroma.

—¡Ah!, eres muy amable, y te va a gustar más cómo sabe, es sopa de letras. En tu honor la hice esta vez de puras mayúsculas que son más llenadoras, ¡con todo el tiempo que llevarás sin comer, pobrecilla.

—Comí hace poco —dijo con timidez, pues no apetecía sopa de letras de ningún tipo.

—¿Cómo es eso posible?, no lo creo. ¿Quizás es que no te gusta la sopa de letras?

—¡Me encanta!, pero es que no tengo nada de hambre —se disculpó.

—¡Pues entonces empieza por comer poco! Sólo una cucharada y verás que en cuanto la pruebes se te abre el apetito, es mi receta especial, le llamo sopa de letras castellanas, lleva obviamente letras, sobre todo vocales, caldillo y..., esto te lo digo a ti solamente, porque es el ingrediente secreto... ¿eh?, una pizca de eñes.

—¿Eñes?—preguntó Quía por impulso aunque tras unos segundos entendió a qué se refería aquella mujer.

—Sí, lo sé, no es algo que hayas probado antes, pero no puedes decir que no te gusta sin antes tomar siquiera un poco.

—Lo mismo dice mi papá.

—Pues entonces ya lo sabes dos veces, te voy a servir sólo un poco, con una palabra de no más de cuatro letras que te metas a la boca y ya verás que me pides luego palabras más largas, como “esternocleidomastoideo”. Una vez a alguien que no quería ni probar mi sopa le eché en el caldo las palabras más largas, incluso agregué una de 189 819 letras, y terminó por tragárselas. ¿Entiendes el juego?, ¿no?, es un juego de palabras...

—¿Ajá? —contestó en tono de disculpa.

—¡Bah!, olvídalo, ahora vuelvo.

La mujer tardó en volver mucho más de lo que Quía había pensado que sería suficiente para calentar una sopa. Aunque a ella le encantaba ese aroma a libro, ahora que entendía de dónde venía, no le apetecía probarlo. Al fin regresó la mujer. En la mano derecha llevaba un enorme plato con sopa, en la otra una jarra y bajo la axila, un vaso de vidrio. Acomodó las cosas en la mesa. Sirvió el líquido de la jarra en el vaso, pero en algún momento dejó de mirar lo que hacía para echarle un

vistazo a Quía, y es que no era tal cual la descripción que de ella había leído. El agua, que parecía ser de sandía o fresa u otro fruto rojo, seguía cayendo. El vaso estaba por llenarse. Gota, metida en sus pensamientos, derramó el vaso.

—¿Qué haces? —reclamó la Criatura Espigada que recién reaparecía tras las palabras del renglón anterior.

—¡No la regañes!, sólo se distrajo un poco —reclamó Quía, quien odiaba que la recriminaran cuando, sin querer, hacía un estropicio. Si alguien sabía lo mal que alguien podía sentirse tras un regaño era ella.

—¡Es que mira nada más lo que hizo! —gritó la mujer.

—¿Qué hizo quién?—preguntó un nuevo personaje que tenía una forma casi cúbica y apareció en la historia sin siquiera saludar, como si de él ya se hubiera escrito antes.

—¡Es Gota que derramó el vaso! —dijo la Criatura Espigada.

—¡Eso es de lo más común!, ¿qué te sorprende?

—No me sorprende, pero ahora no va a alcanzar el agua, y es mi preferida, ¡de jitomate! —reclamó Espigado—. No me digas, no me digas, no me digas. Tú eres Quía, ¿no es cierto?—preguntó Casi Cubo, quien recién ponía atención a la niña.

—Eh, sí soy, eso creo —dijo ella con timidez.

—¡Ah!, pero si eres idéntica a como te describieron.

—A mi no me lo parece, opinó de inmediato Gota, es un poco más alta y su cabello bastante más oscuro.

—¿Tú crees?, no lo sé, quizás es que tardó tantas páginas en reaparecer que creció unos milímetros, como es lógico cuando la historia avanza —explicó para luego dirigirse a la niña—. ¿Cuántos años tienes ya?

—Hace poco cumplí doce —dijo la niña.

—¡Ah!, ¿no me digas?, con razón —exclamó la mujer—. Si yo te conocí cuando tenías casi doce. Quiero decir, no te conocí en persona pero supe de ti. ¿Ves Cúbico?, te dije que era más alta y en cuanto al cabello..., ya ha pasado el tiempo y con la edad se oscurece un poco.

—Ya sabes que no me gusta que me digas Cúbico —reclamó Casi Cubo con la cara frontal enrojecida—. Es cierto eso de que el cabello oscurece con la edad, pero también que con todavía mucho más edad se vuelve más claro, ¿no es cierto?—preguntó a la mujer, quien tenía el cabello canoso.

—Así es, si me sigo haciendo vieja a este ritmo no tardo más de dos semanas en ser una niña de nuevo. Bueno, pero siéntense ya, que la sopa está en su punto y no pienso volver a calentarla, ordenó.

—¿Sopa de mayúsculas?, desde que era plano no la como —dijo emocionado Casi Cubo—. Mi abuela la hacía. Era yo un cuadro muy pequeño pero lo recuerdo tan bien.

—Pues te puedo apostar a que ésta es todavía mejor que la de tu abuela —presumió Gota y se limpió las manos en el delantal.

—Puede ser —dijo Casi Cubo, quien bien sabía que por más buena que fuera una sopa, nunca superaría a la que hacía su abuela. El mundo estaba lleno de miles y miles de mejores sopas y esas siempre eran las que hacían las abuelas. Quizá la que estaba a punto de probar sí era la mejor del mundo, pero para los nietos de quien la había cocinado. Así que no mentiría, si después de probarla, Gota le preguntara si era o no aquella la mejor sopa de letras mayúsculas del mundo y él contestara que sí, que así era y se guardaba el “para tus nietos”.

Pero como Casi Cubo casi siempre se hacía bolas, cuando la mujer le preguntó si la sopa era o no la mejor que jamás había probado, él, en vez de contestar, “ASÍ ES”, dijo sin querer, “para tus nietos”. Por lo que no es de extrañarse que al pobre hombre le fuera retirado el plato antes del segundo bocado, dejándole únicamente el vaso con agua de jitomate y chile piquín. Apenado, dio un trago con el que se ayudó a pasar las mayúsculas palabras que se le habían quedado atoradas en la boca.

—Bueno, y tú, niña —dijo la señora a Quía, que estaba a media cucharada—, ¿en qué momento piensas entrar en acción? Ya son muchas hojas de puro saber que si eres así o asá, que si tienes los pies disparejos, que si bla, bla, bla, pero no veo que te muevas. ¿No crees que ya es hora de ir a buscar a tu gemela de pies?

—¡De pies al revés! —corrigió Espigado.

—¡Bueno!, no es necesario que lo digas todo cada vez, ¿no crees? Ya todos sabemos eso, me parece que hablas de más —reclamó la mujer.

—No es así, es sólo que me pareció un buen momento para aclararlo.

—¿Ustedes saben dónde vive?

—¿Quién?

—Mi gemela de pies al...

—¡No es necesario decirlo cada vez! —volvió a reclamar la mujer.

—Disculpe.

—Disculpada. Y no, nadie sabe, ni siquiera estamos seguros de que ella en verdad exista, como tampoco lo estábamos de

nosotros mismos, hasta ahora. Es que este libro es tan corto que no cupimos todos. Unos sólo alcanzaron a ser descritos.

—No entiendo. Pensé que aquí iba a encontrarla.

—Pues si tú que eres por quien existe esta historia no entiendes hija, yo menos. Sólo vine para hacerte la sopa y a ver si te convengo de que nos lleves al otro libro, que tiene más hojas, o a cualquier otro en el que todos seamos importantes. En cuanto a lo otro, supongo que de algo te servirá mi recalentada sopa de mayúsculas letras para resolver cómo encontrar a tu gemela —dijo la mujer—, las personas suelen pensar mejor con la panza llena. Disculpa si meto mi cuchara.

Gota metió el cucharón al plato de Quía haciendo que algunas de las letras que estaban en el fondo flotaran y dieran una, dos, tres vueltas hasta formarse en fila india: HUELLAS.

—“¿Huellas?” —leyó Quía sorprendida; entonces, se asomaron sobre el plato hondo las narices de Espigado, Casi Cuadrado y la señora Gota.

—Sí, eso mismo dice —aclaró Casi Cubo.

—Sí eso es lo que se lee —reafirmó la señora.

—Se formó la palabra huellas en el fondo del plato —dijo con voz pausada Espigado.

—¡No hace falta que repitas lo que ya sabemos! —reclamó la mujer enfurecida dando un golpe sobre la mesa.

—¿Serán acaso esas huellas a las que se refiere la sopa? —preguntó Espigado sin hacer mucho caso al reclamo y señaló las marcas de zapato que recién aparecían en la tierra ablandada por el agua de jitomate que desde hacía rato se derramaba de la mesa.

—¡Muchas gracias por la sopa! —dijo Quía, quien nunca

olvidaba ser agradecida—. Estaba deliciosa. Muy pero muy parecida a la que hace papá —concluyó—, y se fue apresurada a seguir el rastro. Las huellas avanzaban e iban desapareciendo, no podía quedarse ahí sentada viendo.

—Vaya, ¡qué grosera!, nunca antes nadie me había dicho algo como eso. Mi sopa no sabe igual o parecido a ninguna otra sopa, mucho menos a la que hace un papá, si al menos hubiera dicho que era como la de su abuelo, ¡bah!

¿Y si eran sus propias pisadas? Después de todo se trataba de una huella grande y otra pequeña y así sucesivamente. Hasta entonces, la única persona que dejaba huellas como aquéllas era Quía. Colocó el pie izquierdo sobre la huella izquierda que recién aparecía. Definitivamente esa marca no era suya, el pie que la había hecho era mucho más pequeño. Lo intercambió entonces por su pie derecho, ¡eran del mismo tamaño!, y lo mismo pasaba con su pie izquierdo sobre la huella hecha por algún pie derecho. Huella derecha con pie izquierdo y huella izquierda con pie derecho, siguió aquel rastro.

—“Si sigo este rastro, encontraré a mi gemela de los pies al revés”, estarás pensando —dijo Espigado a la niña.

—Sí, eso era exactamente lo que estaba...

—¡Pero qué pesado eres en verdad Espigado!, no sólo repites lo que decimos y lo que ya sabemos, ¿ahora también nos vas a decir lo que estamos pensando? —reclamó la mujer, interrumpiendo a Quía.

—¡Ahora eres tú la que repite! —gritó Espigado.

La mujer, ofendida en verdad, sujetó con firmeza su cucharón, dio media vuelta y se hizo cada vez más pequeña hasta desaparecer a la vista de todos.

—No era necesario gritarle —se atrevió a decir Casi Cubo.

—Tal vez, pero al menos sirvió para que se fuera. Es en verdad molesta.

—¿Y por qué no te vas mejor tú? —reclamó, frunciendo todas sus cuadradas caras.

—Quizá lo haga, amenazó Espigado.

—¡Anda!, hazlo —lo retó esta vez Casi Cubo con gestos amenazantes.

—Muy bien. Me voy no sin antes decir algo que nadie se ha atrevido a decir: que al parecer ni siquiera figuramos en esta historia. ¿No es cierto?

*FIN*, se acabó.

## 10. Las galletas del abuelo

Quía se había quedado dormida con la cara metida entre los brazos. Al incorporarse, comenzaron a hormiguearle y el cuello le dolía un poco.

—No quise despertarte —le dijo la señorita Teresa con ternura—. ¡Pero mira nada más!, ¿leíste todo esto?—exclamó al mirar las páginas en las que el libro había quedado abierto y sacó un pañuelo desechable para limpiar la saliva que formaba un charco casi al final del capítulo—. ¡Pero si acabaste todo! —dijo orgullosa tras hojear el libro y darse cuenta de que a partir de la página en que Quía se había quedado dormida, el resto estaba en blanco.

—No, yo no... —alcanzó a decir antes de darse cuenta de que lo último que recordaba era llevar varias horas siguiendo unas huellas que la habían devuelto al punto de partida.

Teresa cerró el libro y lo colocó en su lugar. La niña quería leerlo una vez más, pero le dolían tanto las piernas que estaba segura de que no sería capaz de andar de nuevo todas esas páginas. Al ver que intentaba ponerse en pie, su maestra la ayudó a incorporarse, luego casi la empujó hacia la salida.

—Es ese aroma a libro viejo, a mí también me hace dormir profundo. ¡Pero vamos que ya están por ti desde hace un buen rato!, hoy vino tu abuelo.

—¿El abuelo?—preguntó emocionada.

—Sí, sí. Menos mal que nunca trae prisa porque si ha sido tu mamá a quien hubiéramos hecho esperar..., llevo casi quince minutos buscándote por toda la escuela, no pensé que seguirías

aquí metida después de tanto tiempo, aunque debí imaginarlo, claro —le dijo al tiempo que la sacaba de la biblioteca a empujones.

—Pero, el libro. ¿Me lo puedo llevar a la casa señorita Teresa?— preguntó estirando el brazo hasta meterlo a la biblioteca.

—No esta vez. Esos libros no los prestamos. Sólo se pueden leer aquí. Son muy antiguos y les puede pasar algo, deshojarse o algo peor. Si quieres seguir con la lectura tendrá que ser hasta el lunes. Vamos, que ya hicimos esperar mucho a tu abuelo —dijo la maestra y echó llave. Nunca lo hacía. Miró a la niña con ojos revueltos y, como ya se le estaba haciendo costumbre, bajó la mirada.

El abuelo llevaba en la mano una bolsa de papel. La sujetaba con el puño cerrado y al ver a Quía aparecer por la puerta de salida, la sacudió haciendo que el contenido sonara. Ese ruido no podía significar otra cosa más que galletas de vainilla con chispas de chocolate y relleno suave. Como siempre, Quía se acercó y el abuelo subió de inmediato los brazos. Esta vez la niña alcanzó la bolsa al primer brinco, antes de que él la bajara un poco.

—Mira nada más saltamontes, ¡creciste un montón!

—¿De verdad?, ¿no bajaste un poco los brazos?

—Aún no lo hacía —dijo divertido. Pero dame un abrazo.

—¿De verdad, de verdad? —preguntó mientras lo apachurraba con fuerza.

—De verdad, de verdad. La próxima vez voy a tener que traerme el banquito —dijo casi ahogándose.

—¡Perdón! —se excusó la niña y lo soltó—. La próxima vez, ¿puedes traer también de las de relleno de fresa?

—Quizá. Pero sólo si me prometes no crecer demasiado, porque el banco que tengo es muy bajito.

—¡Prometido, general! —exclamó la niña, haciendo el saludo militar.

—Entonces traeré las galletas rellenas en la siguiente misión mi capitana —prometió el abuelo haciendo el mismo saludo: mano con la palma desplegada hacia abajo, dedo índice pegado a todo lo largo de la frente, pies juntos, cuerpo tieso.

—Ya podemos comerlas, ¿cierto?

—¡Es una orden, general! —respondió la niña con firmeza y rio junto con el abuelo.

Fueron a sentarse a una de las jardineras de la plaza frente a la escuela. El abuelo y Quía tenían mucho en común, pero en lo que más se parecían era en que a los dos les gustaba separar las galletas y comerse primero el relleno.

—Óyeme, ¿desde cuándo las capitanas dan órdenes a los generales? —le preguntó de pronto el abuelo dándole una palmada en la espalda.

—Desde que las capitanas son nietas de los generales —contestó Quía con la boca llena.

Los pájaros bajaron a comer las moronas que caían de la boca de la niña. Por primera vez no sintió ganas de perseguirlos. En vez de ello los observó y después de un rato imitó la forma en que movían la cabeza para adelante y para atrás al caminar. Colocó las últimas moronas en la palma de su mano y picoteó, bajo la atenta observación de una de las palomas. Al ver que no caería nada más, el ave regresó a las ramas del árbol seguida por el resto de sus compañeras. Varias plumas quedaron suspendidas en el aire y comenzaron a moverse llevadas por el viento, que terminó por levantarlas. Quía dio un brinco para alcanzarlas pero éstas se le iban volando al

igual que lo hacían las palomas cuando las perseguía. La dejaban acercarse y justo cuando estaba a punto de atraparlas, se le escapaban.

—Tienes que poner la mano abajo, quedarte quieta y esperar a que lleguen solas. Si ves que no vienen directo a tu mano la mueves pero de un modo muy suavcito, así, que casi no se note —dijo el abuelo mostrándole a su nieta el movimiento—, de ese modo son ellas las que se posan en tu mano, es la única manera de atraparlas —le recomendó el abuelo, quien siempre le daba sabios consejos.

—Ah —dijo la niña y se detuvo con la palma abierta y la cabeza echada hacia atrás, sin dejar de mover el pie izquierdo de un lado para el otro.

Una pluma que parecía querer cambiar de dirección, pero a último momento no lo hizo, cayó directo en su mano. Entonces Quía cerró el puño justo antes de que ésta tocara su palma y la pluma volvió a elevarse para irse volando, hasta quedar de nuevo fuera de su alcance.

## 11. La tarea olvidada

*Por aquí pasó un caballo  
con las patas al revés,  
si preguntas cuántas tiene,  
te diré que dieciséis:  
una, dos, tres, cuatro...  
... dieciséis.*

—¡Hiciste trampa!, tienes que dejar las manos quietas y hasta que el otro dice: “dieciséis”, entonces las quitas —le dijo Graciela.

—¡Claro que las quité hasta el dieciséis!

—Pero es hasta que termina “dieciséis” no cuando vas en dieci...

—Lo que pasa es que no eres rápida y me echas la culpa —le explicó Quía convencida de estar en lo cierto.

—Sí soy, mira —advirtió Graciela—... ¡dieciséis! —gritó e inmediatamente e intentó golpear la mano izquierda de Quía, quien la quitó al instante.

—¿Ves cómo no eres?

—Ya no voy a jugar contigo y les voy a decir a todos que tampoco jueguen porque quitas las manos antes —le advirtió la niña.

—¡Claro que no!, ¡lo que pasa es que tú eres muy lenta! — gritó Quía a la niña que ya había corrido hasta el otro lado del patio y ya la acusaba con un grupo de niños, quienes la miraban desde lejos.

—¿Qué pasa? —dijo la maestra Teresa a espaldas de Quía.

—¡Ay!, me espantaste —exclamó la niña—. Bacalao y tú siempre me espantan.

—¿Bacalao?..., ¿por qué peleabas con Graciela?

—No peleábamos, jugábamos, y ella se enojó. Siempre se enoja cuando pierde.

—¡Claro que no! —gritó Graciela que recién había vuelto al notar que hablaban de ella.

—Sí, siempre se enoja, señorita Teresa, y me echa la culpa de que no puede pegarme pero es muy lenta, yo siempre le pego y ella no puede, eso no es culpa mía.

—Sí es, porque haces trampa —reclamó Graciela.

—... y se volvió a enojar porque le dije que era lenta y me quiso pegar, pero quité la mano y...

—Entonces, sí peleaban.

—Al final sí, pero antes estábamos jugando —se excusó Quía, poniendo las manos atrás de su espalda.

—¿A pegarse? —reclamó la señorita Teresa.

—Sí, pero es que ese es el juego, cuentas hasta dieciséis y le intentas pegar al otro en las manos. El chiste es quitarlas a tiempo, si eres lenta pierdes todo el tiempo y te quedan todas rojas y te arden. Graciela siempre pierde y siempre se enoja.

—¡Mentirosa! —gritó su compañera con la cara enrojecida y se fue corriendo.

—Pues no deberías de jugar a eso entonces con ella, ¿no crees? —le dijo la maestra en voz baja.

—¿Yo por qué? Es ella la que no debería de jugar porque siempre se enoja, ¿no? —preguntó la niña a la maestra.

—Pues más bien como dice el dicho: “el que se enoja pierde”, ¿no crees?

—Ajá.

—Bueno. Ya es hora de entrar al salón, ¡vamos! —le indicó la señorita Teresa dándole una palmada en la espalda.

Quía fue la primera en entrar al salón. Se sentó y guardó los trastes vacíos en la mochila. Esta vez no olvidó revisar que las tapas estuvieran bien puestas. “Qué raro eso que dijo la maestra, de seguro se confundió.” Había dicho que “el que se enoja pierde” en vez de “el que pierde se enoja”. “¡Vaya si es distraída la señorita Teresa!”, pensaba Quía, mientras buscaba con la mano adentro de la mochila, sacaba cada vez algo más y rebuscaba. La mochila estaba ya casi vacía y ella ya había perdido la esperanza.

¡No podía ser! ¡Había dejado otra vez el cuaderno de matemáticas!

—Sacan todos su cuaderno. Arrancan con cuidado la hoja de la tarea y la pasan al frente —indicó la maestra apenas se sentó tras su escritorio—. Si olvidaron ponerle su nombre háganlo ahora, que a partir de hoy, trabajo que no lo tenga, será como si no lo hubieran entregado, advirtió—. ¿Quién quiere pasar hoy al pizarrón para explicarnos la multiplicación con punto decimal?

“Es como si no lo hubieran hecho, hecho, hecho”, resonaba en el cráneo de Quía como un eco. Al menos sería otro punto menos en la calificación. “Ahora voy a tener que estudiar el doble para el examen. Tal vez si le explico a la señorita Teresa, pero... ‘es la última vez que admito que entregues tarde un trabajo, ¿me escuchaste Quía’”, le había advertido apenas la semana pasada. “¡Qué rabia!” Ahora lo recordaba, había sacado el cuaderno para meter los zapatos que esta vez no cabían en la mochila, pues era día de llevar el libro de ciencias, que era muy gordo. Se había enojado tanto al cortarse el dedo, intentando sacar la mano de entre el estuche y los zapatos que había lanzado con furia el cuaderno al piso... “no lo hubiera hecho, hecho, hecho... ¿me escuchaste Quía?... el que se enoja pierde, pierde, pierde...”, oyó repetirse una y otra vez. Dejó caer la cabeza de entre sus manos y la escondió bajo sus brazos.

## 12. Plumas para una almohada

—¿Para qué quieres todas esas plumas, hija?

—Para hacerle una almohada gigantesca al abuelo Lorenzo.

—¿Pero tú sabes el montón de plumas que se necesitan para hacer una almohada apenas de tamaño normal?, te llevaría años juntarlas.

—Sí sé, se necesitan muchas muchísimas, como así o un poco más —dijo Quía, abriendo los brazos lo más que pudo—, la cama del abuelo es gigante y quiero hacerle una almohada muy larga. Así, si se gira para un lado no se le cae la cabeza. La otra vez le dolía el cuello. Dice que amaneció todo chueco por eso. Tenía corquícolis.

—Tortícolis —corrigió su madre—. No cabe duda que de tal palo tal astilla, tu papá también tiene a cada rato, y que yo sepa la cabeza no se le cae a ningún lado.

—¿Cómo sabes que no si estás dormida? —preguntó la niña.

—Pues sí, ¿verdad? Pero en serio que ésas son muchas plumas, ni juntando todas las que te encuentres de aquí a que seas mayor de edad juntarías todas las que necesitas. Además, el abuelo ya tiene una almohada muy cómoda, no creo que necesite otra.

—Sí la necesita. El domingo pasado le dijo a papá que se ponía triste al ver el lado de la abuela vacío. Si le hago una almohada muy larga ya no va a estar tan vacío.

—Bueno, pues, eso es lindo de tu parte, pero, ¿no quieres que mejor vayamos a la tienda a comprarle una?

—No puede ser comprada, no. Tengo que juntarlas yo, el abuelo me enseñó a hacerlo. No es difícil, sólo tienes que ser paciente y ellas te siguen. ¡Se ponen ellas solitas en tu mano!, ¡en serio!

—No me digas, ¿domesticaste entonces las plumas de paloma?

—Sí, creo que sí.

—¿Y dices que vienen ellas solitas a buscarte?

—Bueno, no tanto. No vienen a tocarme la puerta como si fueran zapatos, tiene que ser en la plaza de las palomas. Es que a las plumas no les gusta venir hasta acá, tienen miedo de que algún coche las atropelle.

—¿De verdad?, será porque no miran hacia ambos lados antes de cruzar la calle —le dijo su madre con su tono de “te lo digo, pluma, para que lo entiendas, hija”.

—Sí, puede ser, yo siempre miro a los dos lados —le aclaró la niña.

—¿De verdad no prefieres que vayamos a comprarla?, así podrías dársela al abuelo Lorenzo el próximo domingo. Papá y tú van a ir a visitarlo. Necesita que le arreglen la tubería de la tarja y que le cambien unos focos.

—De veras, de veras, mami, prefiero juntar las plumas —dijo la niña, mientras metía la penúltima pluma a la bolsa de plástico. ¿Llevo mi herramienta?, papi no sabe arreglar tuberías.

—Sí, llévala —le dijo sonriendo su madre.

—¡En casa del abuelo también hay palomas!, bajan a la azote-huela porque ahí tira el abuelo las moronas.

—¡Qué bien! Cuando traigas plumas a la casa me las das para lavarlas y desinfectarlas, no las puedes usar así nada más, los pájaros pueden tener enfermedades. Por cierto, ¿te lavaste las manos?

—¡No generala!

—¿Y ahora tú?, ¿eso de “generala” de dónde lo sacaste?

—Del abuelo.

—Claro, de quién no sino del abuelo Lorenzo.

## 13. El árbol de monedas

Pues no, Quía había plantado la pluma de paloma en la jardinera frente a su casa desde hacía más de seis meses y, aunque la regaba cada tercer día, no había crecido ni un arbusto. Tendría que seguir recolectando plumas en la plaza y en la azotehuela de casa del abuelo. El problema es que sólo lo veía los domingos y cada vez lograba recolectar a lo mucho unas veinte o hasta treinta plumas, que no parecían tan pocas al llevarlas en las manos pero al momento de meterlas en la bolsa no hacían mucha diferencia.

La bolsa seguía viéndose casi vacía, sobre todo si aplastaba las plumas en el fondo para calcular cuánto ocuparían de espacio en la funda que su tía Carola le había hecho. Ella se había quedado con la máquina de coser que era de la abuela y no sabía usarla bien, así que la funda no había quedado muy derecha que digamos, pero al menos era del largo adecuado. Lo bueno era que cuando la tía los visitaba, le llevaba algunas plumas que sus primos habían recogido. Resultó que el abuelo también los llevaba a ellos, sólo que los sábados en vez de los domingos, a una plaza donde había un montón de palomas a las que también atraía con migajas de pan duro. Era una lástima que sus primos y su tía vivieran tan lejos, ¡cómo le gustaría ir con ellos y el abuelo a recolectarlas!

El día que su tía le entregó la funda, Quía se preocupó un poco. Le preguntó si le había dicho al abuelo que ella estaba haciéndole una almohada, pero ella le aseguró que no.

—¡Menos mal! —dijo ella aliviada—, porque es una sorpresa.

Después de jugar a “las traes” y a los carritos con sus primos, Quía pidió dinero a su mamá para ir a la tienda por dulces de

chamoy, pero ésta le advirtió que eso le hacía que le doliera la panza y que mejor compraran galletas. En el camino de vuelta a la casa, la niña recogió una moneda que estaba tirada abajo del mismo árbol donde antes había encontrado las otras tres. ¡Vaya buena suerte!, les dijo a sus primos y volvieron corriendo a la tienda por un dulce de chamoy que la niña cortó en tres pedazos iguales. “¡La tarea!”, no la había hecho aun y ahora eran quebrados, hacerla le llevaría al menos media hora y ya casi anochece. No podía no llevarla esta vez, la maestra le había dado una última-última advertencia, pero tampoco podía desvelarse porque a sus padres les había dado también por hacer últimas advertencias. “¡Qué lío!”

Hacer la tarea una vez que se fueron su tía y sus primos, no le llevó más de quince minutos. Ahora sólo debía meter el cuaderno de matemáticas a la mochila y no sacarlo de ahí por nada del mundo, hasta el momento en que la maestra la pidiera antes de empezar el examen final. Sólo faltaba una semana para que terminara el año escolar. Sus padres le habían prometido que en cuanto saliera de vacaciones irían al mentado pueblo de La Cerradura. Quía había insistido en ir allá. Su padre le preguntó en repetidas ocasiones de dónde había sacado el nombre de ese pueblo, pero ella cambió de tema cada vez.

—¿Al menos éste sí aparece en el mapa? —le preguntó a Quía e intentó ubicarlo tecleando el nombre en su teléfono móvil.

La niña, que sabía que el pueblo no aparecería en el mapa en el buscador del celular de su padre, se apuró a teclear el nombre en la computadora. De inmediato apareció el mapa que, por suerte, la señorita Teresa la obligó a hacer aquel día y luego había subido a Internet. Aunque al principio lo del mapa le había parecido una idea absurda, había terminado por disfrutar el proceso de ubicar La Cerradura por las señas que en el libro explicaban cómo llegar, calcar una

parte del mapa de México y hacer la ruta imaginaria desde La Llave, la cual también tuvo que encontrar con las indicaciones que le dio su maestra. Aunque los dos pueblos no aparecían en ningún mapa carretero, Quía estaba segura de haberlos puesto donde debían estar, o al menos muy cerca. En cuanto a la ruta para llegar no había pierde, pues no es que se hubiera inventado las carreteras. Una vez terminado su mapa recorrió con el dedo la ruta de ida y vuelta. La distancia no era mucha, Quía lo sabía, pues tardaba casi lo mismo en recorrer con la misma velocidad con el dedo el camino desde la Llave hasta la Ciudad de México y sabía que eso equivalía a poco menos de tres horas.

—¿Y por qué no ir para allá? —propuso Gonzalo.

—No creo que haya mucho que hacer en un pueblo que ni siquiera habíamos escuchado nombrar antes —dijo Alondra.

—Bueno, antes de saber de este pueblo tampoco habíamos oído nunca de él y ya ves. Aquí andamos.

—Pues sí, por eso te lo digo, aquí tampoco hay gran cosa que hacer. Desde la llegada de los zapatos no ha sucedido nada que valga la pena contar, no sé, en un libro o al menos en el chisme de la tarde en la plaza.

—Bueno, al menos La Cerradura sí aparece en el mapa —dijo Gonzalo mostrándole la imagen en la computadora—. Algo tendrá más interesante que este pueblo. ¿Estás de acuerdo?

Sin imaginar que aquel pueblo sólo existía en un libro y aquel mapa había sido dibujado por su hija, la madre de Quía aceptó ir a La Cerradura. Aunque Gonzalo sabía que llegar sería todo un reto, pues acostumbraban encontrar cualquier lugar siguiendo las indicaciones de la voz en el celular y no un mapa impreso en una hoja de papel, nunca dudó de haber tomado una buena decisión. Por supuesto, eso de que el pueblo que pretendían visitar la siguiente semana

no apareciera en su celular, no se lo informó a Alondra, pues de saberlo ella se habría negado a ir. Él nunca había visto a su hija tan emocionada por ir a otro lugar que no fuera la playa, y no quería decepcionarla.

## 14. Comienzan las vacaciones

—¿Vas a llevar esos zapatos? —preguntó Alondra a Quía.

—Son vacaciones.

—Lo sé pero es que en verdad no entiendo qué es lo que te gusta de traer dos zapatos diferentes.

—Siempre traigo dos zapatos diferentes mamá.

—Sí, sí, pero yo no hablo del tamaño sino... olvídalo, llévate lo que te dé la gana. ¿Metiste el cepillo de dientes?

—Ajá.

—Pues bueno, si ya están listas vámonos ya o no vamos a llegar antes de la hora de la comida —propuso Gonzalo a quien las vacaciones, incluidos sus preparativos lo ponían de excelente humor.

—¿Metiste el traje de baño? —le cuestionó esta vez Alondra a Quía.

—¿Hay alberca, mami? —preguntó Quía, dando de brincos.

—Yo qué voy a saber, si ni siquiera sabemos a qué hotel vamos a llegar —contestó más como un reclamo hacia su marido.

—Bueno, ni siquiera sabemos si en ese pueblo hay hoteles —agregó divertido Gonzalo.

—¿Qué? —preguntó molesta Alondra.

—Es una broma, tranquilas —dijo preguntándose a sí mismo qué haría si lo que acababa de advertir resultara verdad—, ¡vámonos!

—¡Vacaciones! —gritó Quía, y arrastró su maleta hasta el auto seguida de su mamá, quien llevaba la suya de la misma manera.

—Yo manejo la primera mitad —propuso Alondra que sabía que pasada más de hora y media de carretera comenzaba a darle sueño—. ¿Y las llaves del auto?

Una hora después lograron salir de casa. ¿Cómo habían ido a dar las llaves abajo del sofá?, “tal vez el gato”. Pero Bacalao ni siquiera estaba en casa, llevaba una semana de no aparecerse por ahí. A Quía le hubiera encantado llevarlo de vacaciones, pero al parecer no a su padre, pues se negó a preparar bacalao la tarde anterior.

Llevaban ya media hora de camino cuando a Quía, que era la nueva encargada de escoger la música, se le cayó el teléfono móvil.

—¿Qué pasó con la música, Quía?—preguntó su papá tras un rato de silencio.

—Se me cayó el teléfono, intento atraparlo con los pies, ya casi lo alcanzo —explicó Quía, que no estaba ni siquiera cerca de lograrlo.

—¿Y si lo recoges mejor con las manos, Hermanastra?—propuso su padre.

—Mamá me tiene prohibido quitarme el cinturón.

—¡Cierto!, deja ver si yo lo pesco —dijo su padre, alargó el brazo hacia atrás y hurgó hasta donde le llegó el brazo en el piso tras el asiento de Alondra—. ¡No alcanzo!, tú que ves Hermanastra, ¿me falta mucho?

—Yo creo que sí, es que se fue para adentro —explicó la niña.

—¡Me hubieras dicho eso antes!—reclamó Gonzalo que tenía atorado el brazo.

—Bueno, no pasa nada, podemos ir sin música —dijo Alondra ayudándole a enderezarlo.

—¿Qué?, preguntaron al unísono esta vez Quía y su padre.

—Está bien, me voy a parar en cuanto encuentre dónde, mientras canten ustedes.

Recorrieron en silencio los siguientes kilómetros, sin encontrar un lugar seguro para estacionar el auto. Quía no paraba de mover el pie izquierdo y, a veces, golpeaba sin querer el asiento de Alondra, quien no decía nada pero la miraba por el retrovisor. Ella se disculpaba con la mirada, pero al rato se le olvidaba y volvía a patear el asiento.

—¡Anuncian una gasolinera!, ¿podemos parar? —preguntó Quía.

—Claro. Así, además, estiramos un poco las piernas y compramos algo de comer —contestó su madre.

—¿Quieres que cambiemos?—preguntó Gonzalo.

—Todavía nos falta más de la mitad —contestó Alondra.

—Sí, pero si quieres cambiamos, estoy aburrido, prefiero manejar desde aquí.

—¿Ya me puedo quitar el cinturón? —preguntó Quía al ver que se detenían.

—En un momento —dijo su madre mientras entraba a la gasolinera—. Ahora sí.

Quía no logró zafar el broche del cinturón así que lo estiró y se deslizó por abajo hasta el piso del auto. Metió la mano abajo del asiento, dio un grito corto, pero terrorífico, y sacó la mano lo más rápido que pudo. Se escuchó un maullido.

—¿Qué fue eso? —preguntó su madre y destapó sus oídos con un bostezo.

—¡Es Bacalao! —gritó la niña.

—No le sé decir seño, nunca antes había oído hablar de ese pueblo, le contestó el hombre que atendía la pequeña tienda al lado de la gasolinera. Alondra miró a Gonzalo con gesto de preocupación y Gonzalo miró a Quía, a quien no le quedó más remedio que mirar al gato.

—¿Está seguro? —preguntó Gonzalo—. Es aquí, mire —dijo y mostró el mapa al hombre que lo miraba extrañado.

—Pos no, ¿y por qué no lo busca en su teléfono?

Alondra miró a Gonzalo y él a Quía y ella a... ¿y Bacalao?, “¡qué buena suerte!”, el gato lo había salvado. Había dicho a Alondra que seguir ese mapa impreso era parte de la diversión, llegar allí sin ayuda de la tecnología, usar el teléfono sólo para escuchar música y pasar unas vacaciones como lo hacían cuando ellos eran niños. Aunque a ella eso no le había parecido en absoluto divertido, lo había aceptado... hasta ahora.

Quía y su madre fueron hacia un lado y Gonzalo hacia el otro, si se separaban sería más fácil encontrar a Bacalao. Si no aparecía, lo más seguro es que lo perderían para siempre, ¿cómo regresaría hasta la casa desde ahí? Quizás a él no le haría gran diferencia, simplemente buscaría a otras familias que le dieran nuevos nombres y tal vez hasta cambiaría de menú, pero Quía lloraba de sólo pensar en seguir sin él.

—¿Vende bacalao en lata? —preguntó Alondra al dependiente.

—¿Si viera que sí?, ¿qué es usted bruja o qué? Justo ayer me las trajeron para vender y yo le dije al proveedor que eso aquí no lo iba a comprar nadie, que se lo llevara, pero se le olvidó esta latita, mire usted —dijo sorprendido—. Sacó la lata de atrás del mostrador y se la dio.

—¡Bruja! —dijo Quía a su madre.

—Qué bruja ni que ocho cuartos, es sólo una feliz coincidencia —explicó Alondra sin darle importancia alguna—. ¿Vende abrelatas? —preguntó esta vez al vendedor.

—Fíjese que eso sí no, señorito, pero le presto el mío —le ofreció y sacó uno de alguno de los cajones del mueble que estaba atrás de él. Olía a atún.

No habían pasado ni diez segundos de haber abierto la lata cuando Bacalao apareció tras el mueble de las galletas. Caminó sigiloso hacia Alondra, quien sujetaba la lata abierta colocada en el piso, y sonrió, o al menos eso le pareció a Quía.

—Ahora a seguir el viaje —dijo Alondra una vez que Bacalao terminó de limpiar la lata con la lengua.

—Quía, cárgalo y no lo sueltes hasta que estemos andando de nuevo —le instruyó Gonzalo a la niña—. ¿Y las llaves?— preguntó Gonzalo al no verlas en la mano de Alondra.

—Las traía en la mano —dijo ella y buscó en sus bolsillos. Luego de un rato de repetir la misma operación, Alondra volvió a entrar en la tienda, donde la recibió el dependiente con las llaves en alto.

—La iba a ir a buscar señorito, pero sabía que no tardaba en volver, y pues, no puedo dejar la tienda solita, ya sabe.

—Bueno, aparecieron las llaves, ya nada más falta que encontremos también el dichoso pueblo —dijo Alondra al volver al auto, se sentó en el asiento del copiloto y le entregó las llaves a Gonzalo.

—Si encontramos bacalao en un estacionamiento en medio de la nada no veo por qué no —dijo Gonzalo, y los cuatro rieron. Sí, también el gato sonrió, ahora sí Quía estaba segura de ello.

## 15. Dos pares de zapatos cañés

Alondra metió por tercera vez la llave en la cerradura, pero la puerta no abría. Habría que bajar por la escalera, pues, ese hotel no tenía elevador. Gonzalo y ella estaban muy cansados tras subir las tres pesadas maletas. Alguno de ellos tenía que volver a bajar y subir los cuatro pisos para ir a pedir ayuda. Si sólo a alguien se le hubiera ocurrido pedir el teléfono del hotel podrían marcar a la recepción.

Quía se ofreció a ir en busca de alguien que los ayudara. Bajó brincando y regresó mucho tiempo antes que la mujer que la seguía con pasos pesados. Al llegar, esta suspiró y se dio un tiempo para recuperar el aliento. Vestía igual que otra mujer que los había recibido hacía rato, ambas eran muy parecidas, sólo que ésta tenía la cara un poco más redonda y el cabello corto. Gonzalo ni siquiera se dio cuenta de que se trataba de otra persona, así que le dijo, “gracias de nuevo”, al verla aparecer.

—La llave que nos dio hace rato no abre —dijo Gonzalo a la mujer, quien parecía acostumbrada a que la confundieran con su compañera.

—Es que tiene truco —les hizo saber mientras metía la llave—. ¿Ven? —dijo mientras abría la puerta sin mayor dificultad. Luego metió la mano tras la puerta, accionó el seguro y cerró para de inmediato repetir la operación—. A ver, miren, la metemos medio echada para acá y luego la sacamos sólo un poco, pero muy poco, casi nada, y entonces ya la giramos a todo lo que da —explicó haciendo los movimientos muy lentos.

—¿Tú te fijaste, Gonzalo? —preguntó Alondra.

—Sí, creo que sí —contestó él.

—Yo me fijé —dijo Quía orgullosa, mientras brincaba en un pie.

—Bueno, pues si no necesitan nada más —dijo la mujer a la vez que miraba con asombro los pies de Quía.

La reacción de aquella mujer había sido mucho más exagerada de lo que la niña estaba acostumbrada a ver. Al descubrir los pies tan dispares de Quía, la gente solía intentar ser discreta.

—No, no, es todo, muchas gracias, Lourdes —contestó la madre de Quía, quien siempre se fijaba en las plaquitas con nombre que las personas llevan prendidas a la altura del pecho cuando dan un servicio al público.

—Estamos para servirle señora —contestó la mujer sin dejar de subir y bajar la mirada al ritmo de los brincos de Quía hasta que los Ulloa desaparecieron tras la puerta.

—¿Por qué me veía tanto esa señora? —preguntó Quía al entrar, se sentó en la cama y brincó impulsándose con las manos.

—Qué más da —contestó su madre que bien sabía que la gente casi siempre veía a su hija a los pies antes que a la cara.

—Pero no me veía como la gente me ve siempre —aclaró la niña, quien sabía lo que significaba ese “qué más da”.

Desde que se habían bajado del auto, Quía no había soltado al gato. Aun seguía sorprendida de que ese pueblo hubiera aparecido, pero sobre todo de que hubieran llegado sin dificultad siguiendo su mapa. “Aquí estamos Bacalao”, le dijo al felino al oído antes de ponerlo en el piso. El zarandeado gato cayó con suavidad al piso, maulló un par de veces y desapareció debajo de la cama. ¿Por qué esa mujer la había

visto de ese modo?, o más bien, ¿por qué había visto de ese modo sus zapatos?, ni en todo el tiempo que Quía llevaba conviviendo con su par de pies disparejos, ni en las semanas que llevaba usando esos zapatos, se había sentido tan incómoda por una mirada. Generalmente le bastaba con ver a las personas directo a los ojos para que éstos desviaran la mirada, pero esta vez no le había funcionado.

—¿Quieres ir a ver si hay alberca? —le preguntó Gonzalo a Quía y se levantó de la cama.

—Sí, pero, ¿podemos comer primero? —propuso a la vez que su estómago protestaba con un sonido muy parecido al maullido de Bacalao.

—Por la entrada había un lugar que no se veía mal. ¿Lo vieron?, uno todo blanco con toldos verdes, ¿y si comemos hoy ahí? —propuso la madre de Quía.

—¡Vamos! —dijo Gonzalo. ¿En auto o caminando?

—No estaba tan cerca, según yo —le hizo ver Alondra.

—¿Vieron dónde puse las llaves? —preguntó Gonzalo.

Según le informó la mujer que le entregó las llaves olvidadas en la recepción, no había alberca en el hotel. Con ella ya iban tres mujeres distintas, pero muy parecidas, que los atendían. “Serán familia”, contestó Alondra a la niña cuando, tras ver llegar a un mesero de características también muy similares acomodándose el moño, preguntó por qué en ese hotel todos se parecían tanto.

Después de comer, pasaron el resto del día en el centro de La Cerradura. En realidad el restaurante a la entrada por la carretera, sí estaba lo suficientemente cerca del hotel como para haberse ido caminando, todo lo estaba. El pueblo entero ocupaba unas veinte cuadras hacia cualquier lado, no más, pero era fácil perderse, pues las casas se parecían mucho

entre ellas y se podía dar vueltas y vueltas sin darse cuenta de que ya se había pasado varias veces por los mismos lugares.

Anohecía y los Ulloa no parecían tener la intención de levantarse de la banca de la plaza donde llevaban sentados más de hora y media. De no ser por los mosquitos, que ya empezaban a picar, habrían seguido ahí por una o dos horas más. Observaban a la gente. Eso era algo que los tres tenían en común, les gustaba ver a las personas. Pronto se dieron cuenta de que era muy fácil distinguir entre los habitantes del pueblo y los foráneos. En ese pueblo todos se parecían: corpulentos, nariz grande y curva hacia abajo, labios delgados, ojos grandes, cabello casi negro, tez morena, voz un poco ronca, caminar lento y pesado. Además parecía que en ese lugar nadie usaba un par de zapatos similar a otro, de ello sólo Quía se dio cuenta pues, además de que el tema le interesaba, desde que encontraba monedas tiradas al pie de los árboles miraba mucho al piso.

Contaba la niña pares de zapatos de color amarillo sin darse cuenta de que una nube de mosquitos estaba suspendida desde hacía rato sobre su cabeza. Tras el séptimo par de zapatos amarillos contabilizado, entre sus pies apareció Bacalao y emitió un maullido. Quía lo levantó, lo colocó sobre sus piernas y le besó la cabeza. El gato volvió a maullar y luego vio hacia el piso. Quía miró también. Un zapato café puntiagudo con un moño a tono al frente paso muy cerca de sus pies ofreciendo, a la vista, un perfecto par de zapatos; luego, otro del mismo tono pero chato y con un pequeño pompón azul claro en la punta lo siguió. El corazón de Quía comenzó a latir más fuerte, la nuca y la cabeza le cosquilleaban. Cada zapato dispar, tras formar pareja con los suyos, se alejó demasiado rápido. De inmediato la niña alzó la cabeza, echó su cabello hacia atrás y buscó con la vista a la persona que portaba aquellos zapatos. Era una niña idéntica a la descripción que sobre Aquia, había leído Quía.

—¡Aquía! —gritó Quía al ver que la niña iba ya un poco lejos y no la podría alcanzar sin que antes sus padres le pidieran volver.

La niña volteó hacia ella, sonrió y corrió hacia la banca. Quía levantó, entonces, los pies y le mostró sus zapatos. Aquía acercó los suyos y los alineó en el suelo con los de la niña para formar parejas. Alondra y Gonzalo, ambos con la boca abierta a más no poder, no atinaban a decir nada. Se miraron entre ellos y levantaron los hombros.

—¿Eres Quía? —preguntó la niña.

—Sí.

—Te esperaba —dijo la niña con naturalidad.

—Tú fuiste, ¿verdad?

—¿Qué? Quien fue a tu casa a dejar los zapatos, no fui yo, fue Jamón. Él mismo me lo contó —dijo señalando al gato que estaba a los pies de Quía.

—¿Jamón?

—Sí, ¿dónde te habías metido, Jamón? —preguntó Aquía al gato a modo de regaño, lo cargó y comenzó a acariciarlo.

—¡Miau!

—Se llama Bacalao —la corrigió Quía.

—¡Bacalao! —gritó la niña y acercó la boca del gato a su nariz—. ¡Claro!, a veces llega casa oliendo así.

—¡Miau!

Como les sucede a los adultos cuando algo no tiene explicación lógica, los padres de Quía decidieron no hacerse demasiadas preguntas acerca de aquel encuentro. Regresaron al

hotel sin Bacalao ni Jamón, cada uno con Quía de la mano. Aquia y ella habían pasado un rato de juegos en el pasto y lo único que Alondra y Gonzalo habían dicho durante ese tiempo al respecto de aquella aparición anormal fue: “¡Qué extraño!” , “¡Sí!, qué extraño”.

Aquia, quien había pedido a su nueva amiga que la visitara al siguiente día, le explicó cómo llegar a su casa. Era muy fácil pues vivía a las orillas del pueblo, “no hay pierde”, aseguró, “porque más allá no hay nada más”. Para llegar era cuestión de caminar hacia cualquier lado y al llegar al final del pueblo, seguir la última calle en cualquiera de las dos direcciones posibles, izquierda o derecha, daba igual porque ese camino rodeaba el pueblo entero. Siguiendo esas instrucciones tarde o temprano se toparía con la casa en la que vivía, que era color de plata viejo con lo que parecían manchas color café, pero que en realidad era el color anterior de las paredes que se asomaba. No había otra casa plateada en el pueblo.

—¿O también puedo preguntarle a alguien? —propuso Quía.

—Claro, puedes, pero todos te van a decir lo mismo —le contestó Aquia con una sonrisa en el rostro.

## 16. El final anunciado

Se quedaron los Ulloa Ramírez mucho más tiempo de lo que pensaban metidos en La Cerradura. Todas las mañanas, Quía iba a visitar a Aquia a su casa y volvía justo antes de la hora de comer. Los primeros días, sus padres la habían acompañado pero luego de una semana la dejaron ir sola.

—Aquia sólo tiene un par de zapatos —le informó el último día la niña a su madre, mientras guardaban sus cosas en las maletas.

—¿De verdad?

—Sí, le prometí que le traeríamos los míos, los que están en la caja.

—Es una excelente idea pero, tal vez eso no sea muy pronto, quizá para las próximas vacaciones, no lo sé.

—¡No!, le prometí que se los traeríamos en unos días.

—Pues dile que no se va a poder, corazón. No es que vivimos aquí tras lomita, son tres horas de camino, y no grites que tu papá está tomando la siesta, le toca manejar el primer tramo —le explicó su madre.

—No es así —le informó Quía en voz baja mostrándole un rollo de papel.

—¿Qué es eso?

—Un mapa, lo hizo Aquia, mira —dijo la niña y desenrolló el pliego. Costaba mucho trabajo mantenerlo liso, así que su madre lo sujetó por un lado y ella por el otro—. ¿Lo ves? —, le

preguntó la niña.

—Pues, depende, ¿qué es lo que se supone que tengo que ver?

—A nosotros, ¡nuestro pueblo!, ¿lo ves? Donde está el dibujo de una Llave.

—¿Ah!, ¿ésos somos nosotros?, ¡qué pequeñitos!

—¡Sí!, y aquí, donde está el dibujo de la cerradura es...

—La Cerradura.

—Obvio —contestó Quía.

—¡Pero si estamos muy cerca!, ¿cómo es que hicimos tantas horas de camino?, ¿estará bien este mapa? —preguntó su madre sorprendida.

—Es que tomamos el camino largo, ¿ves?, dimos la vuelta de acá hacia acá en vez de para acá —explicó Quía siguiendo las rutas con el dedo índice.

—¡Ah!, claro. Ésta es la gasolinera donde paramos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —dijo Quía, quien no había notado ese detalle, pues se fijaba en el camino corto y no en el largo—. Si de vuelta vamos por acá —propuso señalando el camino fuera de la carretera—, estamos en casa en menos de una hora.

—¿Quién dice? —preguntó su padre recién despierto, sólo había escuchado la última frase.

—Aquí —contestó la niña.

—Ah —dijeron ambos padres sin ánimo de investigar más allá.

—¿Entonces? —preguntó Quía al aire.

—Entonces podemos traerle los zapatos corazón, pero no es

que sean muchos. Esa niña calza igual que tú, supongo, a lo más serán unos seis zapatos, tres pares en total.

—Pero si a ella le sirven todos.

—¿Cómo le van a servir todos? —preguntó su padre mientras entraba al baño.

—¡Eso me dijo! —le contestó la niña casi gritando—, que le gustaría tener unos zapatos tan bonitos como los míos, desde el principio de la historia.

—Bueno, qué más da, si a ella le sirven pues se los traemos con todo y caja —dijo Alondra aliviada de deshacerse por fin de la enorme caja de cartón que ocupaba casi todo el armario del cuarto de Quía.

—¿Y el gato?, ¿alguna lo ha visto? —preguntó Gonzalo—, ya casi nos vamos. ¿No lo habré dejado atrapado adentro del equipaje?

—No lo creo. No he escuchado maullar a tu maleta en todo este tiempo —dijo Quía—. Creo que vamos a tener que esperar a que aparezca luego, papi —propuso y fue al baño a verificar si esta vez no había olvidado meter el cepillo de dientes en la maleta.

—Espero que no nos perdamos de vuelta —dijo Gonzalo desde su sillón.

Al parecer no había escuchado la parte de la conversación en la que Quía y Alondra hablaban del mapa. Buscaba en su teléfono la ruta, aunque sin mucha esperanza, pues bien sabía que ninguno de los dos pueblos aparecía en esos mapas—. ¡Ah!, vengan a ver esto, ¡Ya aparecemos en el mapa, familia!, ¡y tomamos el camino largo, dimos la vuelta al revés!

# Punto de reunión

Para leer el otro lado de la historia,  
haz click en el punto que encontrarás  
en la página siguiente.

Sea que comiences  
de aquí para allá  
o de allá para acá,  
da igual.

Éste es el punto final  
de cualquier lado de la historia.

*FIN,*  
se acabó.



iClick!

## SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA DE CULTURA

Natalia Toledo Paz

SUBSECRETARIA DE DIVERSIDAD CULTURAL Y  
FOMENTO A LA LECTURA

Marina Núñez Bernalova

SECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez

TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Jesús Antonio Rodríguez Aguirre

COORDINADOR NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL



narrativa

La maestra de Quía, de nombre Teresa, que aparentemente es muy distraída, guarda un secreto que hará que la realidad de Quía se ponga de cabeza. Todo cambia desde el momento en que le regala a la niña un libro antiguo con tapas plateadas.

Es un juego en el que cada lector se vuelve parte de la historia pues su interacción es necesaria para hacerla avanzar.

## Colección Alas de Lagartija

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibido su venta.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**DIRECCIÓN GENERAL  
VINCULACIÓN CULTURAL**

**alas**  **raíces**